

66 A M B I C I O N



Maestro Guerrero.



Biblioteca Teatral

2
PTS

EDITORIAL SASO

ha puesto a la venta la
segunda edición de

BIOGRAFIA DE PARIS

Por EDUARDO AUNOS

Edición limitada y numerada para la que no se han escatimado medios materiales. Un alarde nunca igualado por los editores españoles.

350 pesetas ejemplar.

EDITORIAL SASO

Av. José Antonio, 11, 2.º n.º 6

M A D R I D



TALLERES GRÁFICOS MARISAL.—P. ORIENTE, 1 Y 2.—MADRID

Biblioteca Teatral

Director: BENJAMIN BENTURA

Año IV

Núm. 66

ACTO PRIMERO

A M B I C I O N

COMEDIA

DE

ENRIQUE SUAREZ DE DEZA

*Estrenada en el teatro Fontalba, de Madrid, el día
20 de febrero de 1945*

Biblioteca Teatral

Director: BENJAMÍN HENRÍQUEZ

R E P A R T O

PERSONAJES

ACTORES

PEPA	<i>María Guerrero.</i>
MARIA LUISA	<i>Cándida Losada.</i>
TERESA	<i>Señorita García Ortega.</i>
DOÑA PAULA	<i>Hortensia Gelabert.</i>
ROSITA	<i>Señorita Sánchez.</i>
SEBASTIAN	<i>Pepe Roméu.</i>
ANTONIO	<i>Pedro Calderón.</i>
DON RAMON	<i>Señor Capilla.</i>
PADRE JUANITO	<i>Ricardo Juste.</i>
DON ROMULO	<i>Miguel Ramírez.</i>
TOBIAS	<i>Señor Escenique.</i>
SERVANDO	<i>Señor Moréu.</i>
PEON	<i>Señor Montilla.</i>
SECRETARIO	<i>Señor Rodríguez.</i>
COADJUTOR	<i>Señor Sáenz.</i>
UN MUCHACHO	<i>N. M.</i>

Estrenada en el teatro Fontalba de Madrid el día
20 de febrero de 1922

ACTO PRIMERO

Habitación central, en una gran casa de campo. En los muebles, cuadros, etc., se observa un señorío pasado de moda y elegante. Por la tarde. Entran DOÑA PAULITA y DON RAMON, seguidos de MARIA LUISA y TERESA.

PAULI.—Teresa, dile a la señora que estamos aquí.

RAMON.—Que le traemos a María Luisa. Sé la traemos atada, con cadenas, para que no se escape otra vez.

TERES.—En seguida, don Ramón. (Mutis.)

MARIA.—Yo no me he escapado, tío... Simplemente quería vivir con vosotros, en vez de vivir aquí...

PAULI.—Pero ésta es tu casa. Estás casada con Antonio. ¿Vas a negar que estás casada?

MARIA.—Estoy y no estoy... Estoy casada, es verdad; pero mi matrimonio... por su especial circunstancia, tiene un portillo abierto.

PAULI.—Has recibido el sacramento del matrimonio en toda regla. ¿No te parece bastante?

MARIA.—Sí, pero entre Antonio y yo no ha habido... ni un beso siquiera. Y la propia Iglesia Católica consiente disolver por causa justa un matrimonio no consumado todavía.

RAMON.—Bien, bien. Ya sabemos por lo que ha sido... Por el accidente del día de la boda... Sí, claro, fué una desgracia.

PAULI.—Pero Antonio y tú salvasteis la vida, gracias a Dios... Y ahora, a ser felices... ¿No es cierto?

MARIA.—¡Tía Paulita!

PAULI.—¿Qué te pasa, criatura? Estás temblando... ¿Qué tienes?

MARIA.—Silencio, por Dios... Aquí viene ella... Silencio.

PEPA.—(Una mujer de unos cuarenta años, mirada franca, voz firme.) Buenas tardes, doña Paulita... Buenas tardes, don Ramón...

RAMON.—¿Doña Paulita? ¿Don Ramón?... ¿Qué es eso?... Mujer, ¿no somos parientes?

PEPA.—Claro que sí, don Ramón... Pero Pepa Rodrigo no olvida nunca sus principios, y sabe a quién tiene que respetar...

PAULI.—Ahora eres la señora de la comarca... La dueña de ese dichoso salto de agua, que produce tantas electricidades y da de comer a tantas gentes. Eres como la dueña de vidas y haciendas... ¡Pepa Rodrigo! Hay que ver cómo pronuncian tu nombre los pobres del pueblo; con el sombrero en la mano. Bueno, claro, suponiendo que los pobres tengan sombrero.

PEPA.—Pues del mismo modo pronuncio yo el nombre de los marqueses de Molina con el corazón en la mano. Porque Pepa Rodrigo no olvida que fué la criada de don Gonzalo... Sí, así, clarito, la sirvienta...

RAMON.—¡Bah, bah!... Historia antigua... Eso fué antes del arca de Noé.

PEPA.—No, don Ramón... Eso fué hace veinte años.

MARIA.—Y en esos veinte años se hizo usted la dueña de todo... Compró el salto de agua por unos céntimos.

PEPA.—Hija mía, no me lo echés en cara. Tu padre

era un gran señor, y además era un poeta... Decía que salto de agua tan bonito no se debía explotar... Que era para mirarlo, nada más... Que era un pecado explotar la belleza... Pero un día llegaron unos americanos, y tu padre necesitaba unas pesetillas para ir a una cacería, en Asturias... ¿Qué culpa tengo yo, si tu padre prefirió dejármelo a mí por el mismo precio? Además, yo lo compré para ofrecértelo a ti... Hoy, es tuyo...

MARIA.—Sí, a cambio de casarme con su hijo de usted.

PAULI.—¡María Luisa!

RAMON.—Muchacha, ¿qué dices? ¿Estás loca?

PEPA.—¡Hija! (Con dolor.) ¡Hija!... ¡No digas eso! ¿Es que no lo quieres a Antonio? Ven acá, criatura... Mírame a la cara.

MARIA.—Déjeme, se lo ruego.

PAULI.—No le hagas caso, Pepa. ¡Está nerviosa!

PEPA.—¿Nerviosa hoy?... Hoy, que es el día más grande, el día más hermoso. Lo traen a Antoñito del Sanatorio, ¿no sabes?... Y lo van a operar mañana. Pero sin ningún riesgo, gracias a Dios bendito. El médico me ha dicho que va a recuperar la vista... Está segurísimo, segurísimo. ¡Qué alegría!

MARIA.—Sí, para usted no hay más que su hijo en el mundo; ya lo sé.

PEPA.—Y para una madre, ¿qué puede haber más que su hijo?

TERES.—(Entrando con unas flores.) Señora, ¿dónde dejó las camelias?

PEPA.—Aquí, Teresa... Gracias... Sus flores favoritas... ¿Te acuerdas cuando te llamaba su Damita de las Camelias?

MARIA.—Las camelias no tienen perfume... Y si está ciego y no las puede ver, ¿para qué las coloca usted con tanto cuidado?

PEPA.—No las verá con la vista, ni las sentirá con el olfato... Y sin embargo, sabrá que aquí hay camelias... porque estás tú. Ven acá, María Luisa; no seas una chiquilla salvaje y arisca..., que tú quieres a mi hijo. Ven acá...; dame un beso...

TERES.—¿Verdad que curarán al señorito Antonio? ¿Verdad que sí? Se lo he pedido a la Virgen, con toda mi alma. Me paso rezando noche y día.

PEPA.—Gracias, Teresa, gracias.

TERES.—Para mí, es como un hermano... Ustedes me recogieron de la calle, y yo les debo la vida. Bien sabe Dios que si yo pudiera quedarme ciega en su lugar... ahora mismo... ¡Estaba dispuesta!

PEPA.—¡Chiquilla!...

RAMON.—Es hermoso ver cómo estallan los buenos sentimientos. En estos momentos en que el mundo está saturado de odio, es tan reconfortante pensar que aun queda gratitud, y cariño, y amor.

PEPA.—Ella se considera como una hija.

TERES.—Pero no soy más que una sirvienta... Perdonenme.

MARIA.—No te preocupes... En los tiempos que corren, hoy puedes ser una sirvienta, pero mañana... puedes ser una gran señora.

PEPA.—Eso lo dices por mí... Pero te equivocas... Yo no soy una gran señora. Solamente soy una madre... Si yo no hubiera tenido a mi Antonio, hubiese seguido fregando platos toda mi vida. Pero había que triunfar, por él. ¿Comprendes? Tú sabes lo que es tener un crío, en los brazos y decirle muy bajito: «Cariño, tú vas a ser el rey del mundo.» Se siente una fuerte y valiente, y es una capaz de estudiar, y entender de números, y de energía eléctrica, y de todo lo que hay que entender. Escucha, mientras lavaba las camisas de tu padre, yo estudiaba matemáticas.

PAULI.—Pepa Rodrigo ha sido un ejemplo.

MARIA.—Sí, ya conocemos la historia. Con permiso de ustedes, voy a mi cuarto.

PEPA.—Acompáñala, Teresa.

(Mutis Teresa y María Luisa.)

RAMON.—Querida Pepa, debes dispensarla...

PAULI.—Y sobre todo, tener mucho cuidado con ella... Esa niña es igual a su padre, que en paz descanse. Nuestro primo Gonzalo era un loco...

RAMON.—El pobre odiaba las matemáticas.

PEPA.—Y así le fué... Con los números no hay cuartel. O ellos te vencen a tí o tú los vences a ellos.

PAULI.—Cúdala, Pepa, cúdala... Me da mucho miedo... Yo no debía decírtelo, pero..., pero...

PEPA.—¿Qué pasa? ¡Hable usted, doña Paulita!

PAULI.—Ese dichoso Jordana... Gorito... Le ha escrito... Yo sé que le ha escrito varias veces.

PEPA.—¿Ese títere? ¿Ese muñeco de feria?... Tiene toda la cara de esos muñecos que si les disparas y les das, ganas premio. Lástima no tener una escopeta de verdad. El premio iba a ser de primera.

RAMON.—¡Pepa!

PEPA.—Perdón... Es que se me agolpa la sangre y pierdo el sentido de todo. Díganme, ¿se han visto?

PAULI.—No, no se han visto, no... Cálmate... Cartas nada más... Eso sí, todos los días.

PEPA.—¿Qué? ¿Pero cómo puede una mujer casada escribir a...?

RAMON.—Cálmate. Ella dice, y tiene razón, que el matrimonio, a causa del accidente sufrido el mismo día de la boda, no se ha consumado... Es decir, que se trata de lo que se llama un matrimonio «rato»... y no consumado, que puede no ser algo definitivo.

PEPA.—¡Ah, entonces por eso ha querido ir a vivir con ustedes durante este tiempo! Para estar más libre... Para

poder escribirse con ése... Ah, pero ahora está aquí... Ahora va a venir mi hijo... Y de esta casa no sale ya ni un minuto... ¡Ni un minuto!

PAULI.—Cúidala, Pepa, cúidala.

PEPA.—¿Cómo no la voy a cuidar, si es la felicidad de mi hijo?...

RAMON.—Bien... Que Dios te ayude y que recobre la vista Antoñito. Lo deseo con toda mi alma.

PEPA.—Gracias, don Ramón.

PAULI.—Si nos necesitas, ya sabes... Vivimos tan cerca... Adiós, Pepa.

PEPA.—Gracias, gracias... (Mutis Ramón y Paulita. Pepa va al teléfono. Llama.) Señorita..., con Madrid... Sí... 58653... Sí... Soy la señora Rodrigo... Espero la llamada... Gracias, (Llamando en voz baja.) ¡Teresa!... ¡Teresa!...

TERES.—¿Señora?...

PEPA.—Escucha, hija mía... Tú nos quieres a mí y a Antoñito, ¿no es cierto? Te hemos tratado siempre como a una hija... Pues bien; tienes que ayudarme... Hay que vigilar a María Luisa, ¿entiendes? ¿Entiendes?... No la dejes sola ni un minuto... Va en ello la felicidad de esta casa.

TERES.—Sí, señora... Si, señora...

(Suena el timbre del teléfono.)

PEPA.—Ahora, márchate... No te separes de ella... (Mutis de Teresa.) Oigo... Sí... Con la casa del señor Jordana... ¡El señorito Gorito Jordana?... ¡Ah, no está en Madrid!... Está... en... el Salto de Agua... Gracias. (Cuelga.) ¡Está aquí!... ¡Dios mío! ¡Está aquí! Entonces...

MARIA.—(En la puerta.) Muy sencillo: Gorito Jordana ha venido a buscarme.

PEPA.—¿Qué dices?

MARIA.—(Impasible.) Nos queremos: ¿Está claro?

PEPA.—¡Pero tú estás loca! ¡Eres la esposa de mi hijo!

MARIA.—Pediremos la disolución del matrimonio.
PEPA.—¿Pero qué dices? ¿Es que no le quieres? ¿No le quieres?

MARIA.—¿No oye usted que quiero a otro?

PEPA.—¡Dios mío! ¡Pero mi cerebro va a romperse!... Entonces..., entonces..., ¿para qué te casaste con él?

MARIA.—Me casé con él... por usted. ¡Sí, por usted!... Usted era la sirvienta de nuestra casa... La Pepa... No Pepa Rodrigo... La Pepa solamente... Y año tras año fué juntando su dinero... y aprovechándose de la ruina de mi padre..., una pequeña herencia..., cuatro cuartos miserables, le bastaron a usted para comprar lo que valía millones.

PEPA.—¡Calla, calla!... ¡Calla!

MARIA.—Por eso me casé. ¡Para destruir su obra! Para poder decirle a usted: ¿Lo ve? En un minuto todo es mío otra vez. Lo que a usted le ha costado tanto trabajo, y tantos años y años, yo lo recuperé en un minuto, con sólo decir «sí» en un altar.

PEPA.—¡¡Calla!! ¡Eres monstruosa! ¡Eres la peor mujer que he conocido!

MARIA.—¡Me casé... por usted!

PEPA.—Pero... ¿y mi hijo? ¡Qué importo yo! ¡Y mi hijo!...

MARIA.—Sí... El... es la única víctima... Porque él no tiene culpa de la ambición de su madre, ni del rencor mío.

PEPA.—Pero María Luisa, escúchame, escúchame, porque voy a volverme loca... ¿Cómo es posible que una madre no haga todo lo posible por que su hijo sea el más rico, el más poderoso, el más feliz?... Escúchame... Un día, en el jardín de esta misma casa, teníais seis años los dos... y jugabais a ser novios... Y la marquesa de Santos, una parienta de tu padre, dijo: «¿Por qué dejan a esos niños jugar juntos?»... «Es el hijo de la Pepa»,

le dijeron... Y ella contestó: «No está bien»... Y aquel «No está bien», «no está bien», «no está bien», me golpeaba por las noches, como un martillo. Y entonces yo dije: «Sí está bien»... Y toda mi vida fué para demostrar que aquéello estaba bien.

MARIA.—Pues aquí tiene la contestación: Estaba usted equivocada.

PEPA.—¡María Luisa! María Luisa, por Dios; no sabes lo que dices. No puede imaginarse crueldad igual que la de casarse con ese pobre muchacho que te quiere para atacarme a mí, para vencerme a mí.

MARIA.—Sí, eso es cierto... Yo fui mala... Por eso Dios nos castigó. Aquella boda estaba maldita... Y al salir de la iglesia, fué como si Dios dijera: «Basta.» Y el automóvil chocó en la carretera, veinte minutos después de salir de la iglesia... Y mi traje de novia se manchó de sangre... ¡Oh! Aquello fué obra de Dios, yo lo sé. Porque Dios es justo. Y me castigó a mí, por mi pecado de casarme por odio. Y la castigó a usted, por haber realizado su ambición.

PEPA.—¡Sí! Pero a mi hijo, ¿por qué lo castigó? ¿Por qué?

MARIA.—Antonio, lo curarán... Con la operación han dicho los méditos que recuperará la vista.

PEPA.—Sí, pero ¿y tú? ¿Y su amor? ¿Recuperará también su corazón?

MARIA.—¡Antonio es joven; me olvidará!

PEPA.—No, no. Antonio te quiere. Eres su ilusión, su vida. La luz de sus ojos ciegos... eres tú.

MARIA.—¡Pero yo quiero a otro!

PEPA.—Pero puede quererse a otro, estando mi hijo en el mundo.

MARIA.—Su amor de madre la vuelve loca. ¡No sabe lo que dice!

PEPA.—Escucha... escucha, María Luisa... Si a mí me

odías, yo me iré... Os dejaré solos... Tuya será esta casa... y el salto de agua... y Los Zarzales... Todo lo que fué de tu padre... yo no lo veré más. La Pepa se marchará para siempre... ¡Te lo juro! Y no me llevaré un céntimo. Al contrario, me verás salir con una saya vieja y un pañuelo a la cabeza, lo mismo que entré. ¡Estás contenta?... Mis manos..., míralas... Si tú lo quieres, volverán a ser las manos de una sirvienta. Pero tú, aquí..., aquí..., con mi hijo...

MARIA.—Es inútil que hablemos más. Ya no se trata de usted. Se trata de que estoy enamorada.

PEPA.—¡Calla!

MARIA.—Cuando venga Antonio, le diré la verdad.

PEPA.—¡Nunca! ¡Nunca harás tal cosa! ¡No ves que estoy yo aquí para defenderlo?

MARIA.—¿Y qué va usted a hacer? ¡Tápame la boca?

PEPA.—¡Claro! ¡Aunque te la tenga que tapar para siempre!

MARIA.—No me asusta usted. Si usted es valiente..., yo también lo soy. Y mejor es plantear las cosas cuando todavía tienen remedio. Después del accidente de la boda no nos hemos visto más que de cama a cama, en el hospital... Ahora, ya estamos bien los dos.

PEPA.—¡Pero sois esposos! ¡Esposos!

MARIA.—¡Todavía es! ¡Eso!

PEPA.—¿Y serás capaz de hablar ahora, cuando mañana van a operarlo? ¡Mi niño! Es mi niño... y está ciego... es decir... es niño dos veces.

MARIA.—Sí, ya sé que él no tiene la culpa... Pero que Dios nos perdone a todos. Y ya hemos hablado bastante, ¿no es cierto?

PEPA.—¡María Luisa! ¿Quieres que la Pepa, la Pepa!, te lo pida de rodillas?

MARIA.—¿Qué dice usted? La señora doña Pepa Ro-

drigo no tiene por qué humillarse delante de mí... Con permiso. (Mutis.)

PEPA.—¡Infame! ¡Si no fuera por mi hijo!...

TERES.—(Entrando con un ramo.) Señora... Los obreros de la fábrica han comprado más camelias para el señorito... ¡Qué alegría! ¡Lo queremos todos tanto! ¡Tanto!

PEPA.—Gracias, Teresa... Niña querida...

TERES.—Señora... Esta mañana fuí a la iglesia, porque es mi cumpleaños, y si viera usted cómo recé por los ojos de Antonio...

PEPA.—¿Tu cumpleaños?

TERES.—Veinticinco de abril..., el día que ustedes me recogieron... Yo cumplo años ese día..., porque nací el día que vine a esta casa.

PEPA.—¡Hija!

TERES.—¡Ay, aquí viene Su Ilustrísima, el señor Obispo! Buenas tardes, señor Obispo.

(Entra don SEBASTIAN RODRIGO, de aspecto sereno y señorial, Obispo de Urgel. Teresa le besa el anillo.)

SEBAS.—Buenas tardes, muchacha... ¿Has preparado todo? Van a traer a Antonio en seguida... Date prisa.

TERES.—Todo está lito. Con permiso del señor Obispo. (Mutis.)

SEBAS.—¿Qué hay, Pepa? ¿Estás contenta? El doctor Moraleda dice que es mejor operar en casa... Parece que la cosa es muy simple, gracias a Dios.

PEPA.—Sebastián... Yo soy una gran pecadora, ¿no es cierto?

SEBAS.—Mujer, todos somos pecadores en este mundo. Por eso vino el Señor a dar su sangre por nosotros.

PEPA.—Sí, pero mi pecado debe ser el más horrible... Pereza, gula, lujuria... ¡Peor todavía! ¡Ambición!

SEBAS.—¿Qué dices, Pepa? ¿Qué te pasa?

PEPA.—En estos momentos estoy recibiendo el castigo de Dios. Mírate conmigo..., aquí..., los dos juntos..., en este espejo..., y echa años..., años y más años... y recuerda... ¿Quién somos los dos?... ¡Mírate! El Sebastián y la Pepa. ¿Verdad Su Ilustrísima? Los dos hermanos... Ella, cose, y friega, y plancha... Y él da brillo a un par de botas de montar.

SEBAS.—El señor marqués me pagó los estudios. Estoy seguro que Dios piensa que mi jerarquía eclesiástica no se vería humillada si tuviera la satisfacción de limpiarle las botas de nuevo.

PEPA.—Su Ilustrísima ya no sabría sacar brillo a unas botas.

SEBAS.—¿Y no es más difícil sacar brillo a las almas?

PEPA.—Somos iguales... La misma fuerza, la misma voluntad, y deseo, que eran piedra y fuego. Firmeza, seguridad de nosotros mismos. ¡Ese era el secreto del éxito!

SEBAS.—¿El éxito? ¿Por qué empleas esa palabra tan profana? Éxito, triunfo, son términos que «huelen» a paganismo. En cambio, la palabra «fracaso» es más dulce, más humilde, más cristiana...

PEPA.—Pues nosotros hemos triunfado. Dos pobreticos criados son la dueña de la comarca y el Obispo de Urgel.

SEBAS.—Pepa, te lo he dicho mil veces: Dios va a castigarte.

PEPA.—(Echándose a llorar.) ¡Ay!... ¡Ya me ha castigado! Porque tu ambición y la mía eran distintas. La tuya estaba hecha de Dios..., y la mía, eran tierras y fincas, y números, y cuentas corrientes... Dos hermanos que han triunfado, cada cual en su camino... pero ¡qué diferentes! Espíritu... y barro...

SEBAS.—No llores... Vamos... Dime lo que sucede...

PEPA.—Mi hijo va a ser desgraciado... Esa mujer está decidida a marcharse.

SEBAS.—¿Qué dices?

PEPA.—¡Nos odia! Se casó para recuperar todo lo que había perdido su padre, todo lo que ella piensa que yo le robé. Se casó en un momento de odio... Ir al altar, era su revancha..., ¿comprendes?... Había ido perdiendo pieza a pieza..., pero todavía le quedaba la jugada final.

SEBAS.—¿Qué horror! Pero hablemos claro, Pepa, yo consentí en la boda con tu hijo, porque Antonio la quería con locura... Y tú consentiste porque, además de que tu hijo la quería...

PEPA.—¡Sí! Porque era ella: la hija de don Gonzalo. Yo tenía sus casas, y sus muebles y sus cuadros..., y me falta ella misma. Para mí también era la última jugada.

SEBAS.—Pues ahí tienes el resultado: veinte minutos después de decir ellos «sí», Dios dice «no»... Y el automóvil se estrella... Pobres bendiciones, manchadas de sangre.

PEPA.—Bien. Es mi castigo, es cierto. Y lo acepto. Pero mi hijo no tiene culpa. Hay que convencer a esa mujer para que se quede.

SEBAS.—Eso sería lo digno y lo cristiano. Hace honor a su palabra, y si cometió un error, sufrirlo con limpieza.

PEPA.—Pero dice que no está ligada del todo y efectivamente a Antonio; que se trata de un matrimonio que puede disolverse... No está consumado...

SEBAS.—Y así es... Escúchame, Pepa, si María Luisa fuese una mujer buena, yo no admitiría ni por un momento que se intentase la petición de disolución del matrimonio... Pero si ella persiste en su odio, a tu hijo, y a ella misma, no la espera más que un hogar lleno de horror y espanto... ¿Qué sé yo! Hay que pensar que aún estamos a tiempo.

PEPA.—¡No, no! ¿Qué dices? ¿Qué dices? Eso, nunca!

SEBAS.—¿Te dolería perder la última jugada, no es cierto?

PEPA.—¡No!... ¡No es eso! ¡Lo juro, lo juro! ¡Es mi hijo! ¡Es... mi hijo! ¡Ahora te juro que es... mi hijo!

SEBAS.—Bien, calla, calla... Aquí vienen.

(**Entran ANTONIO, un muchacho de veinte años, ciego, acompañado por el doctor MORALEDA.**)

DOCTOR.—Adelante, adelante, mi señor don Antonio. Hállase usted en presencia de dos magníficos ejemplares humanos: dos hermanos que han conquistado el poder material la una, y el poder espiritual el otro. Abra bien los ojos del alma, que los del cuerpo, Dios mediante, los abrirá mañana.

ANTONIO.—¡Mamá!

PEPA.—¡Hijo! ¡Qué alegría! ¡Ya estás aquí! ¿Has venido bien? ¿Cómo estás? ¿Cómo te encuentras?... Dime: ¿conoces la casa?

ANTONIO.—¡Claro que la conozco! Estamos junto a la mesita pequeña, que tiene la pantalla verde... Y en el jarrón de la otra mesa hay camelias.

PEPA.—¿Cómo lo sabes?

ANTONIO.—(Ríe.) ¡Las estoy oliendo! Y allí, en el sillón, junto a la chimenea, está Su Ilustrísima, mi tío... Me mira y se está riendo...

SEBAS.—¡Así es, muchacho! ¡Ven a mis brazos! (Se abrazan.)

DOCTOR.—No se quejará usted, mi señora doña Pepa, que se lo traigo de la clínica bien gordito... Ahora, ya está en condiciones de operarse... En veinticuatro horas..., ris, ras..., listo.

PEPA.—Pero ¿de verdad, doctor, usted cree que es fácil?

DOCTOR.—Cosér y cantar. Se lo aseguro yo, que, modestia aparte, soy la mayor eminencia de España.

SEBAS.—Usted lo dice en broma, pero es verdad.

DOCTOR.—No, no, si no lo digo en broma; lo digo en serio.

ANTONIO.—¿Y ella?... ¿Dónde está?... Mamá... ¿dónde está María Luisa?

PEPA.—Ahora viene... La quieres, ¿no es cierto?

ANTONIO.—¡Más que a mi vida! Le pido a Dios que me devuelva la vista, sólo para llenarme los ojos de ella. Perdóname, mamá... Perdóneme Su Ilustrísima...

SEBAS.—¿Por qué hemos de perdonarte, querido? ¿Hay algo en la vida humana más noble que el amor?

ANTONIO.—Yo no soy como ustedes... No tengo ambición de mucho cielo, como el tío, ni de mucha tierra, como mamá... Yo quiero solamente cuatro metros cuadrados... ¡Y ella! Y toda la felicidad y todo el amor que caben en esos cuatro metros cuadrados.

SEBAS.—Pues, hijo, no pides poco. Caben el cielo y la tierra enteros.

DOCTOR.—Esta es una familia de ambiciosos; uno, el espíritu; otro, el dinero; otro el amor... No sé qué dejan ustedes para los demás.

PEPA.—¡Aquí viene María Luisa!

ANTONIO.—¿Eh? ¡Dios mío! ¿Estoy bien?... ¿No estoy pálido? ¿Tengo bien puesta la corbata?... ¿Y el cuello?... ¿Estoy elegante?...

DOCTOR.—Sí, elegantísimo.

ANTONIO.—¿Bien peinado?... Por favor, doctor. (Le da un peine.) Fijese en la raya..., a la izquierda..., como a ella le gusta...

DOCTOR.—A ver...

ANTONIO.—¡Cuidado!

(Lo peina.)

PEPA.—Es un niño... (Entra MARIA LUISA.) Por Dios te lo pido, María Luisa... Veinticuatro horas nada más... Mañana le operan...

MARIA.—Esté tranquila.

PEPA.—Gracias, Antonio, mira quién está aquí.

ANTONIO.—«Mira», ¿quién está aquí? Sí... ¡«miro»... «miro» con toda mi alma.

MARIA.—¡Antonio! (Lo abraza suavemente a la fuerza.)

ANTONIO.—¡Qué alegría!

DOCTOR.—Bueno, bueno, bueno... Basta, basta. Si me lo ponen nervioso, me vuelvo a Madrid y lo operan ustedes.

ANTONIO.—Está preciosa... Mamá..., ¿verdad que está preciosa? Está más linda que nunca.

PEPA.—¡Naturalmente, hijo mío!

MARIA.—Ten calma, Antonio... El doctor dice que debes dominar tus emociones para que mañana salga todo bien...

ANTONIO.—Si Dios quiere, todo saldrá bien, María Luisa.

TERESA.—(En la puerta. Se ha cambiado de vestido.) ¡Señorito Antonio!...

ANTONIO.—¿Quién anda ahí? ¿Quién demonio me llama ahora?

PEPA.—Es Teresa...

ANTONIO.—¡Ya lo sé! ¿Crees que no conozco a ese diablo con faldas? Y con faldas azules... Porque se ha puesto un vestido azul, que lo estoy viendo.

TERESA.—¿Cómo lo sabes?

ANTONIO.—Porque no tiene otro. Es el de los domingos, y para verme a mí, se ha puesto de gala.

TERESA.—Una sirvienta..., con que tenga un traje para las fiestas, ya está bien.

ANTONIO.—Ven acá... ¿Desde cuándo eres una sirvienta en esta casa?

TERESA.—Ustedes me recogieron de la calle...

ANTONIO.—¡No empecemos con la música! Ya sabes que para mí eres una hermana. (La besa en la frente.)

TERESA.—¡Antonio!...

ANTONIO.—¡Qué alegría! Estar otra vez en casa, entre los seres queridos.

SEBAS.—Un hogar es eso: cariño, amor. Las paredes de un hogar son las paredes de una iglesia. Desgraciados aquellos que traigan al hogar una semilla de odio. Para ellos, Dios ha decretado el infierno dos veces: en la otra vida y en ésta.

TOBIAS.—(Un viejo CRIADO.) Con permiso, doña Pepa... Me mandan los tíos de la señorita María Luisa... Que la señorita María Luisa ha tenido una carta...

MARIA.—¿Para mí?... Gracias. (La toma.)

ANTONIO.—No me gusta que te escriban a casa de los tíos; deben escribirte aquí, que es tu casa.

PEPA.—Léela, mujer; léela.

MARIA.—No es nada... Una invitación; no tiene importancia. (La guarda nerviosamente.)

TOBIAS.—¿Mandan algo los señores?

MARIA.—Gracias, Tobías.

TOBIAS.—Esta noche... no vendrá Su Ilustrísima, ¿no es cierto?

SEBAS.—Claro que sí. Es el santo de tu esposa, y yo no falto a tu mesa, al clásico vasito de vino.

TOBIAS.—Gracias, gracias, Su Ilustrísima.

SEBAS.—Echa tú a andar, que voy en seguida. (Mutis Tobías.) ¿Me acompaña usted, doctor?

DOCTOR.—Con mucho gusto... Antes, voy a dejar estos chismes en el cuarto de Antonio. (Es una maleta pequeña con instrumental.)

ANTONIO.—Por aquí, doctor.

PEPA.—Acompáñalos, Teresa.

ANTONIO.—Si yo sé el camino... ¿No voy a conocer mi propia casa?...

(Mutis Antonio con Teresa y Doctor. María Luisa va a ir con ellos y Sebastián la detiene.)

SEBAS.—María Luisa... Espera, hija mía. Tengo que hablar contigo.

MARIA.—Perdone Su Ilustrísima. Si Su Ilustrísima tiene fama de gran catador de almas, le bastará mirarme a los ojos para comprender que es inútil conversar.

SEBAS.—Las rocas más duras del mar pueden ser deshechas por el rayo. Y no hay descarga que iguale a la Gracia Divina.

MARIA.—Como usted guste.

SEBAS.—¿Por qué te casaste, dime? ¿Por qué te casaste?

MARIA.—Porque tuve la tentación de recuperar lo mío.

SEBAS.—Pues bien, súfrela ahora.. Cumple tu penitencia. Si mañana vienes a confesarte conmigo, te aseguro que nunca, ¡nunca!, absolveré a un alma con más alegría si cumples tu penitencia... que es ésta: vivir sin amor de este mundo, ya lo sé..., pero limpiamente, como una mujer honrada.

MARIA.—¿Mañana, dice Su Ilustrísima? Mañana es tarde. Quiero ser franca y leal con ustedes... ¿Ven esta carta? Me llaman... Estaré sólo veinticuatro horas en esta casa, hasta que operen a Antonio.

PEPA.—¿Qué?... ¿Qué?... ¿Dame esa carta!

SEBAS.—(Conteniéndola.) Ten calma, Pepa, ten calma.

MARIA.—Cuando Antonio sepa la verdad, los dos estaremos de acuerdo en pedir la anulación del matrimonio.

(Mutis.)

PEPA.—¿Sebastián, no la dejes marchar!

SEBAS.—Pepa, esta muchacha no está enamorada de nadie; es incapaz de una gota de amor. Está llena de odio.

¿Comprendes?

PEPA.—Oh, pero es infame!

SEBAS.—Pepa, el matrimonio no se ha consumado. Todavía estamos a tiempo de evitar el desastre. Piénsalo, porque sería mucho peor cuando no tuviera remedio.

PEPA.—¡No, no! ¡Eso, no! SEBAS.—Piénsalo, Pepa, piénsalo.

PEPA.—¡No, no! ¡No estaremos a tiempo! ¡Eso, nunca! No estaremos.

SEBAS.—¿Qué dices?

PEPA.—Que es preciso que no estemos a tiempo de nada. ¡Son marido y mujer!

SEBAS.—¡Pepa!

DOCTOR.—(Entrando.) Cuando guste Su Ilustrísima.

SEBAS.—Bien, bien, doctor... Vamos a cumplir con esa buena gente...

DOCTOR.—¿Es lejos?... Ahí tengo el coche.

SEBAS.—Déjese de coches. A mí me gusta caminar...

(Se oye un toque.) ¡El Angelus! (Se santigua.) Que Dios ayude a esta casa. (Mutis rezando.)

PEPA.—Mañana no estaremos a tiempo. Esta noche era tu noche de bodas.

ANTONIO.—(Entrando.) Madre..., ¡ya es de noche!

PEPA.—Está oscureciendo.

ANTONIO.—Oí el Angelus.

PEPA.—¿Cómo te han dejado solo?

ANTONIO.—¿Crees que iba a perderme?

PEPA.—Hijo mío..., cuando eras niño, te llevaba de la mano... Y ahora también... Para todas las madres los hijos son niños o ciegos, es igual.

ANTONIO.—Llama a María Luisa, por favor.

PEPA.—¡María Luisa! ¡María Luisa!

MARIA.—(En la puerta.) ¿Señora?...

ANTONIO.—¡No! ¡Señora, no! «Mamá». Como yo...

PEPA.—Te llama tu marido, María Luisa. Tu «marido».

ANTONIO.—¿Marido? ¡Qué palabra tan pomposa! No lo puedo remediar, pero me hace reír. La falta de costumbre.

PEPA.—Bueno, yo, como es natural, no quiero es-

MARIA.—(Aparte.) ¡No se vaya usted! ¡Si usted se va, yo...!

ANTONIO.—¿Qué estás murmurando, María Luisa?

PEPA.—¿Qué va a ser, hijo mío? Que quiere conversar contigo a solas. Y mientras ustedes charlan, yo voy a rezarle a la Virgen... A la Virgen María, que me comprende, porque también era Madre. (Riendo, con picardía suave.) ¡Eh?... Al fin, solitos... solitos... ¡Vaya, vaya! (Mutis.)

ANTONIO.—María Luisa... ¿es verdad que estamos solos?

MARIA.—Sí.

ANTONIO.—Es curioso. Siento un respeto hacia ti... Un respeto ridículo... Debe ser porque no te veo.

MARIA.—Tal vez.

ANTONIO.—La última vez que te vi fué al salir de la iglesia, con tu vestido de novia... Y después del accidente..., tengo la sensación... como una ráfaga... del traje blanco todo manchado...

MARIA.—Calla.

ANTONIO.—Nunca supe si aquella sangre era tuya o era mía. Pero ¿qué importa, si ya estábamos casados? ¡María Luisa!

María.—¿Qué quieres, Antonio?

ANTONIO.—Siéntate a mi lado. En este sillón ¿te acuerdas? Estabas sentada aquél día que yo te pedí que fueras mi esposa. Yo te hablaba muy bajito, al oído. Y tú cerrabas los ojos sin mirarme. ¿Por qué cierran los ojos las muchachas cuando oyen una declaración de amor? Se hacen las cieguecitas, de la vergüenza.

MARIA.—Sí, es cierto. Aquel día, la ciega era yo.

ANTONIO.—Abre la ventana, ¿quieres? Es una hermosa noche la de mis ojos. Una noche clara... ¿Qué? ¿Salió ya la luna?

MARIA.—Todavía no.

ANTONIO.—Para mí, sí... ¡Ya le gano al cielo! Y los rosales están cargados de rosas blancas...

MARIA.—Todavía no.

ANTONIO.—Para mí, sí... ¡También le gano al jardín!

MARIA.—Eres un niño... (Se pone de pie, enciende una pequeña lámpara muy tenue.)

ANTONIO.—¿Has encendido una luz?

MARIA.—Sí. Pero sigue hablando, sigue... Me gusta escucharte...

ANTONIO.—Como aquel día, cuando te hablaba de amor...

MARIA.—Sí... Como aquel día... (Abre el sobre en silencio y lee la carta a la luz de la lámpara.)

ANTONIO.—Soy feliz... Inmensamente feliz... Mañana, cuando me operen, el doctor se quedará asombrado... ¿Qué tienen estos nervios y estos músculos, que están ya tan vibrantes y tan alegres? Tienen amor... ¡Nada más! María Luisa... Estaremos solos... ¿Me escuchas?...

MARIA.—Sí... Claro que te escuchas, María Luisa... ¡Cuántos años de quererte!... He esperado este instante tanto tiempo... que ahora... hasta me gusta esperar más... De veras... Me da pena que termine esta espera maravillosa... Los dos juntos para siempre. (María Luisa hace mutis en silencio.)

PEPA.—(En el umbral de la puerta, al verlo hablar solo, dándose cuenta.) ¿Eh?... ¿Eh?...

ANTONIO.—¿Verdad?... ¡Para siempre! Como ahora!...

PEPA.—(Espantada, pasa por detrás de su hijo.) ¡Dios mío!

ANTONIO.—¿María Luisa!... ¿Me oyes?

PEPA.—(Yendo hacia la puerta por donde se fué María Luisa, y buscándola desesperada.) ¡Dios mío!

ANTONIO.—(Levantándose.) ¡María Luisa!... María Luisa!... (Un grito.) ¡María Luisa!! (En la puerta aparece Teresa; Antonio camina tres pasos, la toca y se detie-

ne, abrazándola desesperado.) Perdona, María Luisa, perdona... Bésame los ojos, cariño. ¡Bésame los ojos, que vas a curarlos tú! Si no los besas..., mañana la operación sale mal, lo juro. (Teresa besa los ojos.) (Antonio estallando.) ¡Ah, soy feliz! ¡El hombre más feliz del mundo! ¡Mi alegría! ¡Mi vida! ¡Mi cariño! ¡Mi amor! (La cubre de besos.) ¡Conmigo, conmigo! ¡Te quiero, te quiero! ¡Te quiero!

PEPA.—(Cayendo de rodillas.) Padre nuestro, que estás en los cielos...

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración. Meses después. Por la mañana. Están en escena DOÑA PAULA, DON RAMÓN y PEPA, sentados. TERESA sirve chocolate.

RAMON.—No te quejarás, Pepa... La iglesia estaba llena de bote en bote.

PEPA.—Todos los años damos gracias a Dios en este día. Hace dieciocho años justos que inauguramos nuestra empresa... Ciento quince obreros, que son ciento quince familias... Me parece que es de ley que en este día oigamos todos una misa.

PAULA.—Así es, así es. Y bien orgullosa debe estar doña Pepa Rodrigo. Eres como la madre de todo el pueblo... ¡La patrona!

PEPA.—La Patrona es la Virgen del Pilar.

PAULA.—Bueno, la patrona en la tierra, digo.

TERESA.—El sermón de Su Ilustrísima estuvo precioso. A mí, siempre me hace llorar... ¿Más chocolate, doña Paula?

PAULA.—Gracias, hija.

RAMON.—Hombre, aquí tenemos al ingeniero en jefe... ¿Qué le pasó a usted, don Servando, que no fué a la iglesia?

SERVANDO.—Perdóneme... Es el primer año que fal-

to... Estaba terminando de redactar el informe para doña Pepa. (Le entrega unos papeles.)

PEPA.—Qué..., ¿conviene la compra?

SERVANDO.—Sí, señora, conviene... Se puede canalizar toda la finca... El ala izquierda del edificio se divide en pequeñas habitaciones, y dentro de un año, lo que es una finca de recreo, es decir, inservible, dará pan y frutos y todo lo que Dios nos mande.

PEPA.—Pues nada, no hay que hablar más... Ya lo saben ustedes, don Ramón y doña Paula: trato hecho... En los cuarenta mil duros, la finca es mía.

RAMON.—Y nosotros te lo agradecemos mucho, querida Pepa. No es que pagues un precio excesivo, eso no... La compras muy baratita... Pero, en fin, nosotros no estamos en condiciones de sostener lujos..., y con ese dinero nos vamos a Madrid a vivir tranquilamente, es decir, a «morir» tranquilamente.

PAULA.—¡Cuarenta mil duros! Esta Pepa siempre pescando gangas.

PEPA.—¡Ojo, doña Paula! Como proteste usted, lo dejo en treinta y nueve.

RAMON.—Cállate, que ésta es muy comerciante.

TERESA.—Y yo me voy a Madrid con ustedes, ¿no es cierto?

PAULA.—Sí, hija mía; ya te hemos prometido que sí.

PEPA.—¿Tú, por qué? ¿Vas a abandonarnos?

TERESA.—Ustedes ya me han mantenido mucho tiempo.

PEPA.—Has trabajado a nuestro lado. Te has ganado tu pan.

TERESA.—¡Es igual; quiero irme!

PEPA.—¡Teresa!

PAULA.—¡Déjela, Pepa! la chica es joven y es natural que quiera ver mundo. Nosotros somos viejos, y más que una sirvienta, será una compañía.

PEPA.—Está bien, Teresa, está bien.

(Entran ANTONIO y MARIA LUISA. El, perfectamente bien, y ella, con un ramo de flores en la mano.)

ANTONIO.—¡Mamá, mamá! ¡Mira lo que me han regalado los obreros! ¡Una pitillera de oro!

PEPA.—¿A ver, hijo? ¡Pero si es preciosa! ¡Qué barbaridad, don Servando! ¡Cómo ha permitido usted que los obreros se gasten en una cosa así?

SERVANDO.—¿Y qué voy a hacer, doña Pepa? Si ellos tienen gusto...

PEPA.—El día que le quitaron la venda de los ojos, otro regalo, y hoy, otro... Esto no puede ser...

SERVANDO.—Las pobres gentes están agradecidas... Ya pasaron las épocas en que patrón y obrero eran dos enemigos... Algún día tenía que ser.

MARIA.—Y a mí me han cubierto de flores.

PAULA.—No saben qué hacerse con ustedes.

PAULA.—Pues mira, en El Pinar, y en Valmaseda, y en Torralba, hay gentes sin trabajo. De modo que hoy podéis dar la noticia... Traeremos a diez familias nuevas a casa de don Ramón.

ANTONIO.—¿A casa de don Ramón?... ¿Cómo?

PEPA.—Sí; compramos la casa, ¿no sabes? Ellos se van a Madrid.

SERVANDO.—Y ampliamos la usina y explotaremos la tierra...

PAULA.—Sí, querido; ya estamos de acuerdo. Tu madre la compra por una bicoca, como siempre.

ANTONIO.—¡Mamá!...

MARIA.—De modo que a más de ser la dueña de todo lo de mi padre, también compra usted la finca de los tíos.

PEPA.—¿Yo?... Hija mía, yo..., yo compro lo que se vende. Y a más, no creo que puedas quejarte..., porque

si antes era de tus tíos y ahora es de Antonio... es más tuya ahora que antes.

MARIA.—Sí, naturalmente. Claro. Es cierto...

SERVANDO.—Y todos debemos alegrarnos. Porque también pasaron los tiempos de la riqueza muerta, improductiva. No, señor; nada de lujos. ¡Trabajo!

RAMON.—Bueno, pues no se hable más... Mañana formalizamos. Y dentro de un mes, en Madrid.

TERESA.—¡Y yo con ustedes!

PEPA.—¡Tú no te vas!

TERESA.—¡He dicho que sí! ¡Estoy decidida!

ANTONIO.—¿Qué es eso, Teresa? ¿Qué pasa?

RAMON.—Nada, que la chica quiere viajar.

TERESA.—Tengo veinte años. No voy a estar atada aquí para siempre.

ANTONIO.—¿Qué extraño! ¿Desde cuándo te han salido a ti esos humos?

SEBAS.—(Entrando.) Buenos días, señores.

SERVANDO.—Buenos días, Su Ilustrísima.

SEBAS.—Como el señor ingeniero me falte otra vez a la misa de acción de gracias... ¡Bueno! ¡No lo quiero pensar! ¡No lo quiero pensar! ¡Hemos terminado!

SERVANDO.—No se queje Su Ilustrísima... Llegué al sermón; pero como era tarde y me dió vergüenza, me quedé en la puerta.

SEBAS.—¿Sobre qué fué el sermón, vamos a ver? Explíquese.

SERVANDO.—Sobre una cosa muy mala... Un gran pecado... ¡La ambición! Dijo Su Ilustrísima que la ambición era una enfermedad del alma.

SEBAS.—Bueno, sí, es verdad; dije eso... Lo perdono.

PEPA.—Pero, sin embargo..., puede haber una noble ambición.

SEBAS.—¡Sólo en Dios, hermana!

TERESA.—El chocolate de Su Ilustrísima.

SEBAS.—Gracias, muchacha.
SERVANDO.—Bueno: yo, con el permiso de don Ramón y de doña Paula, me gustaría inspeccionar un poco el terreno, porque esa dichosa canalización me preocupa un poco.

RAMON.—Encantado, don Servando... Vamos para allá.

SERVANDO.—No hace falta que me acompañen.

PAULA.—Si ya es tarde... Ya marchábamos a casa. Adiós, Pepa... Buenos días, Su Ilustrísima.

SEBAS.—Adiós, doña Paula... Adiós, don Ramón...

RAMON.—¿Doña Paula, don Ramón?... Somos nosotros los que debemos respetar a Su Ilustrísima.

SEBAS.—Y yo a ustedes. El secreto está en respetarnos todos. (Mutis don Ramón, doña Paula y don Servando.) De modo... que, según tengo entendido... compras también la casa de ellos...

PEPA.—Porque no. ¿Cuarenta mil duros es robarle lo suyo?

SEBAS.—Nadie ha dicho «robarles», Pepa... Pero no puedo engañarte, me da pena... por ellos y por ti.

PEPA.—¿No te entiendo!

ANTONIO.—Teresa, manda a la fábrica unas botellas de sidra; hay que obsequiar a la gente...

TERESA.—Yo no tengo la llave de la despensa.

PEPA.—La tengo yo... Venid.

(Mutis.)

ANTONIO.—¿Qué te pasa, muchacha? Estás rara.

TERESA.—¿Yo, por qué?

(Mutis Teresa y Antonio.)

SEBAS.—María Luisa... Acércate, hija mía... Quiero felicitarte... ¿Pero sin embargo...

MARIA.—¿A mí?

SEBAS.—Sí. ¡Bravo, muchacha! Muy bien! Has cumplido con tu deber. Siento por ti un gran respeto... Por-

que cumples con tu penitencia: vivir sin amor. Pero decentemente, honradamente.

MARIA.—Su Ilustrísima, yo...

SEBAS.—Tú estabas llena de odio y has sabido dominar tu baja pasión... A diferencia de otros pecadores que se entregan a sus pasiones en cuerpo y alma. Mi hermana, por ejemplo... Ambición desordenada, comprar, adquirir, atesorar... Siempre más, más. ¡Dios la perdone! En cambio, tú, María Luisa..., cuánto te agradezco que no te hayas separado ni un minuto de Antonio.

MARIA.—Su Ilustrísima, yo...

SEBAS.—Ven acá... ¿Verdad que ya somos amigos? ¿Verdad que ya no me odias? ¡Levanta la cabeza, muchacha! ¡Has cambiado tanto, tanto, en estos tres meses!...

MARIA.—Sí, es cierto... Ya no soy la misma... desde aquel día. Pero Su Ilustrísima no sabe nada... Por eso no he querido ir a confesarme...

SEBAS.—¿Que no sé nada?... No te entiendo.

MARIA.—Su Ilustrísima cree que yo no me he separado ni un minuto de Antonio, y aquella noche..., cuando todavía estaba ciego..., yo me fuí de esta casa...

SEBAS.—¿Qué dices?

MARIA.—En la carretera me estaba esperando él, en un automóvil... Jordana, un novio, un amigo..., qué más daba. Lo importante era escapar...

SEBAS.—¡María Luisa!...

MARIA.—Sí, me fuí, me fuí... Corrimos en el coche como locos. El llevaba una botella de champagne... y se reía. Era gracioso robar a la novia... Una aventura de Don Juan... Raptar a la novia, la misma noche de bodas... No sé si era el vino o era ruindad de alma, pero a él le hacía gracia... De pronto lo miré con asco. Y le pedí que parase el coche. Al contrario, corrió más... Ibamos a una velocidad terrible, y él me dijo a carcajadas: «¡Ves... aquel árbol..., aquella curva?... Allí fué vuestro acciden-

te... Tendría gracia que ahora nosotros lo repitiéramos en el mismo sitio...» ¡Oh, estaba borracho completamente! Y el árbol se acercaba, y sus ramas eran como brazos que decían: «Ven». Grité con toda mi alma. ¡Grité! Me eché sobre el volante y paramos a pocos metros del mismo sitio..., exactamente el mismo sitio... ¡Qué horror! Yo me puse a rezar de rodillas, y cuando me levanté, él estaba dormido... Entonces regresé caminando por la carretera. Eran las ocho de la mañana cuando volví a casa, y ya no pude ver a Antonio. En aquel momento, el doctor empezaba a operarle...

SEBAS.—¡María Luisa!...

MARIA.—Yo estaba llena de odio, es cierto, pero vi la muerte tan cerca... ¡Por segunda vez! Si un rayo es instantáneo y puede partir una roca, ¿por qué un rayo de miedo, un rayo de arrepentimiento, no puede cambiar un alma?

SEBAS.—¡María Luisa..., hija mía!...

MARIA.—Entonces, mientras operaban a Antonio, yo le juré a Dios que si salía bien yo sería para siempre una esposa decente, una mujer honrada.

SEBAS.—Hija mía... Has hecho bien en contármelo todo... Ahora somos más amigos y te respeto más que antes.

MARIA.—Entonces..., mañana podré confesarme con Su Ilustrísima, ¿no es cierto?

SEBAS.—¡Claro que sí!

MARIA.—¿Y podré comulgar también, ¿no es cierto?

SEBAS.—¡Claro que sí! ¡Claro que sí!

MARIA.—Gracias, Su Ilustrísima.

SEBAS.—No llores.

MARIA.—Gracias..., gracias..., gracias...

(Mutis llorando.)

ANTONIO.—(Sale con una botella en la mano.) ¡Su

Ilustrísima quiere probar la sidra que mandamos a la fábrica?

SEBAS.—¿Sidra, después del chocolate? No, gracias... Escucha, Antonio. En el jardín está María Luisa... Vete a darle un beso.

ANTONIO.—¿Qué le pasa?

SEBAS.—Está nerviosa..., emocionada...

ANTONIO.—¿Por qué? (Displícite.) No le haga caso. Las mujeres son muy raras. Nunca se sabe por qué ríen, ni por qué lloran. Y especialmente María Luisa, es un temperamento, que...

SEBAS.—¿Qué pasa? Hablas en un tono como si estuvieras desencantado de tu matrimonio... Antonio, ven acá. Puede decirse que todavía estáis en la luna de miel... Pero, francamente, no veo mucha «miel» que digamos... ¿Qué pasa? ¿No estabas enamorado de María Luisa?

ANTONIO.—Sí, tío, claro... ¡Claro que sí! Pero el amor no siempre tiene el mismo aspecto, el mismo tono... Una vez casados, se acaba el romanticismo. ¡Ah, tío! Dichoso usted que en su amor no hay mudanzas ni desencantos. ¡Firme, eterno! Pero el amor humano nace y muere todos los días. Es posible que se hable con los ojos llenos de lágrimas, temblando de emoción, y que después... se quede uno tan tranquilo? ¿Es posible?

SEBAS.—¿Qué quieres decir? ¿Qué te sucede, Antonio?

ANTONIO.—Ni yo mismo puedo explicármelo.

SEBAS.—Cuéntame...

ANTONIO.—Nos amamos, con frialdad, con tristeza... Nos amamos con obligación de amarnos... ¡Parece mentira! Y, sin embargo, aquella noche fué todo tan distinto...

SEBAS.—¿Qué noche, Antonio?

ANTONIO.—La primera vez que la tuve entre mis brazos... Temblaba como una paloma herida... ¡Fué tan hermoso! Como una explosión en la sombra; ¡Como si todas las sombras del mundo reventaran de pronto de amor!

¡Qué ilusión, Dios mío! ¡Qué plenitud de ilusión! ¡Ah, porque ya no soy el Antonio de entonces!

SEBAS.—¡Calla, calla!... ¡Calla!...

ANTONIO.—Recobré la vista, y es... como si hubiera recobrado la realidad. ¡Qué lástima! A las ocho de la mañana empezaban a operarme, pero yo ya había sido feliz... ¡Por única vez!

SEBAS.—¡Calla!

ANTONIO.—En fin, perdóneme Su Ilustrísima. Voy al jardín a buscar a María Luisa y a darle un beso... Un beso tranquilo, un beso resignado... ¡Qué distintos a los besos de entonces!

(Mutis. Entra PEPA.)

PEPA.—Los obreros te reclaman...

SEBAS.—¿Qué has hecho?... ¿Qué has hecho?

PEPA.—¿Qué dices?

SEBAS.—¿Qué has hecho? ¿A quién has entregado a tu hijo la noche que estaba ciego?

PEPA.—Pero, ¿qué dices?

SEBAS.—¡A quién!... ¡Contesta!

PEPA.—¡Pero no sé lo que dices! ¡No entiendo!

SEBAS.—¿A quién has entregado a tu hijo? ¡Contéstame, Pepa! ¡Contéstame!

TERESA.—(En la puerta.) ¡Mando las botellas, señora?

PEPA.—Sí, mándalas... Ahora voy yo.

(Mutis Teresa.)

SEBAS.—(Mirando a Teresa.) ¡Ah!... ¡Dios santo! ¿Pero es posible?... ¿Pero es posible, Pepa, pero es posible?

PEPA.—¡Era mi hijo!... Y esa mujer, se había escapado. Y lo iban a operar al día siguiente. Había que defenderlo. Estaba ciego... y había que defenderlo.

SEBAS.—Y para defenderlo... entregaste a esa pobre criatura... ¿Para eso la recogiste de la calle? ¿Para eso la alimentaste? ¿Para eso la hiciste crecer a tu lado? ¿Para utilizarla cuando te fuera necesaria?

PEPA.—¡Era mi hijo!... ¡Tú no comprendes! ¡No puedes comprender! ¡Era mi hijo!

SEBAS.—¡La Virgen María también era Madre y vivió a Jesús morir en la Cruz!

PEPA.—Pero era Madre de Dios, y yo no soy más que una pobre madre humana.

SEBAS.—¡Oh, qué espanto, Dios mío! ¡Qué horror!

PEPA.—Tu defiendes tu imperio del espíritu, y yo defendiendo el mío aquí, en la tierra. Porque mis raíces están aquí, en la tierra. Y la raíz más honda es la que lleva mi sangre; mi hijo. Dices que ella ha comido pan de mi casa, que ella ha crecido a mi lado. Pues bien, sí. Sí... sí. ¡Quién mejor que ella para ayudarme!

SEBAS.—¡Calla! Dices «quién mejor que ella para ayudarme». Pero quieres decir otra cosa...; quieres decir «que pague»...; ¡Oh, tu materialismo es monstruoso!... Porque si en algo puede disculparte tu amor de madre, ese materialismo no tiene perdón. Consideras el alma humana como una finca o un pedazo de tierra... Sí, yo te conozco, Pepa... Si esa muchacha te debe la vida, tú te consideras la dueña, la propietaria de su inocencia y de su honra.

PEPA.—¡Sebastián!

SEBAS.—¡Sebastián, no! ¡Su Ilustrísima! ¡De rodillas, Pepa! ¡De rodillas!

PEPA.—Perdona... Perdona...

SEBAS.—(Enseñándole la cruz.) Pídele a El que te perdone... ¡Pepa Rodrigo! Dueña y señora de la comarca, ama de vidas y haciendas... ¡Propietaria de honras! En lengua castellana se ha dicho que «el alma solo es de Dios». Y basta solamente con esa frase para que la lengua castellana sea hermosa. Levanta, Pepa Rodrigo. Levanta.

PEPA.—Lo hice por mi hijo.

SEBAS.—Teresa! Teresa!

PEPA.—¿Qué vas a hacer?

TERESA.—(Entrando.) Mande Su Ilustrísima.

SEBAS.—¿Has decidido marcharte a Madrid con don Ramón y doña Paula, no es cierto? Bien, hija mía; comprendo perfectamente que te debes ir. Estoy enterado de cuanto ha sucedido y siento una gran pena por ti. ¡Pobre criatura! Tu único delito ha sido ese: has obedecido a mi hermana.

TERESA.—(Llorando.) No, Su Ilustrísima. ¡Perdón! ¡Perdón! No he obedecido a su hermana.

SEBAS.—¿Qué dices?

TERESA.—Perdóneme, perdóneme. ¡Pero no he obedecido a su hermana. ¡No he obedecido a nadie! ¡Porque lo quería tanto!... ¡Lo quería tanto!...

SEBAS.—Teresa, muchacha!...

PEPA.—¡Hija mía!

TERESA.—Cuando yo lo vi solo y con los brazos tendidos en el aire... me dejé abrazar, sí. Pero no culpe usted a doña Pepa. ¡Cúlpeme a mí! Porque fué un pecado. Desde niña he vivido a su lado, y he hablado con él, y he soñado con él. Años y años... ¿Cree usted que yo no hubiera defendido mi honra? ¿Cree usted que nadie en el mundo podía mandarme a mí que me entregara? ¡No! ¡No!... Aquí la única culpable soy yo... Yo...

SEBAS.—¡Calla! Es preciso sacarla inmediatamente de esta casa. Aquí ni un minuto más. Voy a ordenar que lo preparen todo. (Mutis.)

PEPA.—Teresa... Ahora que no nos ve nadie... ¡Dame un beso! (La besa.)

PAULA.—(Desde dentro.) No, gracias Su Ilustrísima. No, un momento a hablar con Pepa... (Entra PAULA y detrás ANTONIO.) ¡Interrumpo?

PEPA.—No... ¿Qué sucede, doña Paula? ¿Usted de vuelta? ¿Pasa algo?...

PAULA.—Nada... Que quería hablar contigo.

PEPA.—¿Connmigo?... Pues usted dirá.

PAULA.—Es que..., es que..., francamente..., yo quería hablar contigo nada más...

PEPA.—¿Conmigo... nada más?

PAULA.—A solas.

PEPA.—Bien, bien... Teresa, ¿quieres retirarte?

TERESA.—No, señora... ¿Para qué voy a marcharme, si doña Paula viene a hablar precisamente de mí?

PEPA.—¿De ti? No entiendo.

PAULA.—Pues bien, sí. Es cierto. Que se quede si quiere. Es el caso, querida Pepa, que te vendemos la casa y nos vamos a Madrid en cuanto podamos; pero Teresa se queda contigo.

PEPA.—¿Cómo?... ¿No estaban de acuerdo en llevársela?

PAULA.—Sí, pero tú comprende... Es mucha responsabilidad para nosotros. Una chica joven en una ciudad como Madrid..., en vez de ser ella quien nos cuide tendremos que ser nosotros los que la cuiden a ella.

PEPA.—Pero no entiendo... Perdone, doña Paula, pero eso lo han podido pensar antes. Además, no veo la dificultad en que una muchacha buena viva con ustedes... Ustedes saben demasiado bien que para mí ha sido durante tantos años como una hija.

PAULA.—Sí, sí, claro... Pero no me negarás que es extraño, que ahora, de repente, quieras deshacerte de ella...

PEPA.—¿Deshacerme de ella? Pero si hace media hora yo no quería dejarla ir.

PAULA.—Sí, pero ahora es distinto... Ahora me ruegas que me la lleve... Y es ahora precisamente cuando yo he pensado mejor las cosas.

PEPA.—Sigo sin entender, doña Paula; le juro que sigo sin entender.

TERESA.—Doña Paula, sea usted buena conmigo. Ayúdeme a salir de esta casa. Yo seré para usted una sirvienta, una esclava, un perro fiel. ¡Pero déjeme ir!

PAULA.—No, hija mía, no. Sería muy bonito llegar a Madrid para dar el escándalo. ¡Pues bonita entrada!

PEPA.—¿Pero el escándalo?... ¿Qué quiere decir?

PAULA.—Si creciste al lado de Pepa y es ella la que te ha educado, que soporte ella las consecuencias.

PEPA.—¡Basta ya! ¡Basta ya! ¿Pero me quieren explicar qué es lo que pasa?

PAULA.—Eres muy torpe, querida Pepa. Demasiado claro está. ¡Que tu protegida, la «santita» que recogiste de la calle...

PEPA.—(En un grito ahogado.) ¿Qué?

PAULA.—Ella misma se lo ha confesado a la mujer del mayoral, que me lo ha dicho cuando he llegado a casa.

PEPA.—¡Un hijo! ¿Pero es cierto?... (Asombrada, iluminándosele los ojos de pronto.) ¿Es cierto eso que dice? Contesta... ¡Terésa, hija mía!... ¿Es cierto?... ¿Vas a tener un hijo? ¿Pero es verdad?... Contesta... ¿Es verdad?...

TERESA.—Señora...

PEPA.—Levanta la cabeza... Mirame... No me engañes... ¿Es posible que sea cierto?

PAULA.—(Atónita ante la actitud de Pepa.) Pero, Pepa...

PEPA.—No, no... A usted no la creo, doña Paula, no la creo... Me lo tiene que decir ella... (Con alegría contenida, radiante.) ¡Si no, no es cierto! ¡No es cierto!

TERESA.—¡Sí, señora, es verdad!

PEPA.—(Abrazándola con toda su alma.) ¡Oh Terésa!... ¡Hija mía!...

PAULA.—A mí, ni me va, ni me viene. Cada cual es cada cual. Yo soy vieja... Pero te aseguro que si yo tuviera una hija, no pisaría esta casa. ¡Buenos días, Pepa!

(Mutis.)

ANTONIO.—¡Oh, tiene razón doña Paula! ¡Tiene razón! Esto es una vergüenza. Como a hermana te he tenido

siempre y como a hermana te he mirado. Te hemos dado cariño y respeto, y así lo pagas: manchando nuestra casa.

PEPA.—¡Antonio!...

ANTONIO.—¡Calla, mamá! No admito que puedas defenderla ni un solo instante. Me has enseñado la ley de Dios, me has hecho un hombre honesto, recto, decente. Me has hecho correr por la sangre los principios de la moral, y los llevo aquí, en mis venas. Nuestra tierra no tiene manga ancha, ni complacencias vergonzosas, de esas que se usan en muchos países por el mundo. ¡No, señor! Nuestra tierra española es seca y dura y firme y honrada. Aquí la honra... es verdad, es la honra.

PEPA.—Escucha, Antonio, escucha... Hay que ser humanos, hijo. Piensa que es posible que ella no haya tenido la culpa..., ni él tampoco...

ANTONIO.—Pero ¿qué estás diciendo?

PEPA.—¡Quién sabe, Antonio! No es posible que el culpable haya sido el destino, la fatalidad...

ANTONIO.—¡Basta, basta! Soy el hombre de la casa y por primera vez mando yo. Esta muchacha no duerme aquí esta noche.

TERESA.—¡Antonio!... ¡Antonio!...

PEPA.—No te asustes, tonta. ¿No ves que aquí estoy yo?

ANTONIO.—¿Qué?

PEPA.—Escucha, Antonio, esta casa es mía. La he ganado yo, con mis obreros, y mis ingenieros, y mis arquitectos. Con el sudor de mi frente y los callos de mis manos. Y escucha lo que te digo: antes de salir ella de aquí, fíjate bien, saldrías tú. ¡Porque tú, aquí, no eres nadie! ¡Aquí no hay más ama que yo!

ANTONIO.—¿Te pones enfrente de mí?

PEPA.—Enfrente de ti. ¿Y sabes por qué? Porque ahí estás tú. ¡Y vuelvo a defenderte a ti, otra vez, en ella!

ANTONIO.—¿Qué?...

PEPA.—Ahí... está tu sangre, que es la mía. Ahí está tu hijo; que es mi hijo, otra vez.

ANTONIO.—¿Qué dices?... ¿Qué dices?

PEPA.—Estabas ciego... y tu esposa no estaba a tu lado. Entonces, abrazaste a otra mujer.

ANTONIO.—¡Tú!... ¡Tú!...

TERESA.—¡Antonio!...

ANTONIO.—¡Pero Dios mío! ¿Por qué?... ¿Por qué?... ¿Por qué me engañaron?... ¿Por qué no estaba María Luisa a mi lado?

PEPA.—Porque no quería ser tu esposa... Y al día siguiente te operaban, había que engañarte... Yo salí a la carretera, pero ya no estaba... Todo fué inútil.

ANTONIO.—(Como en sueños.) No quería ser mi esposa...

PEPA.—Y como tú la querías tanto..., ¡tanto!... Hubiera sido terrible que lo hubieras sabido precisamente en aquel momento...

ANTONIO.—(Con voz lejana.) ¡La quería tanto..., tanto!... ¿Pero es cierto que yo la quería tanto?

PEPA.—¿Qué dices, Antonio?

ANTONIO.—«No quería ser mi esposa»... (Llamando con voz ronca.) ¡María Luisa! ¡María Luisa! (Entra María Luisa.) ¡María Luisa!... ¿Por qué te casaste conmigo?

MARIA.—Dí más bien «por qué nos casaron». Y tu madre sabrá responderte mejor... Había dos niñas al lado del hijo de la Pepa... La hija del amo y la pobrecita de la calle... Y aquí estamos las tres. Tres caminos equivocados por culpa de una ambición. Mírenos usted, señora: tres personas con los ojos y el alma en el suelo... por culpa de usted.

PEPA.—¡Dios mío!

MARIA.—Si de las dos muchachas hubiera escogido a la otra, tal vez su hijo sería feliz.

ANTONIO.—Sí, es posible, ¿por qué no?

TERESA.—¡Antonio!...
MARIA.—Pero así... ya no nos queda más remedio que cruzarnos de brazos. Sin mentiras. ¡A las claras! ¡Vivir fríamente días y años! ¡Y esperar! Esperar a que pasen las horas muertas... y a que nos hagamos viejos. Esperar a que pase la vida muerta. Uno frente al otro, pero sin fingir amor... Ya... ¡sin comedias! Y ella, lejos de aquí.

PEPA.—¿Cómo?... ¿Qué dices?...

MARIA.—¡Naturalmente! Como usted comprenderá no puedo sentir ni una chispa de celos. ¡A mí qué me importa! ¡Pero soy la esposa! Porque ahora sí, soy la esposa. Cuando yo quería marcharme, usted y su hermano me dijeron que una mujer decente debía «aguantarse y sufrir». Esa era mi penitencia. Pues bien, ¡ahora les toca a ustedes! No cabe duda que sin mí estarían mucho mejor... Pero lo siento; resulta que soy la esposa. ¡Y hay que ser decentes! ¡Ahora tienen que aguantarse y sufrir, lo mismo que yo!

PEPA.—¡Esta es tu venganza!

ANTONIO.—¡Madre!

MARIA.—¿Venganza exigir que todos seamos decentes? ¿O qué quiere usted? Que ahora que no le importo a su hijo —¡ahora!— me escape otra vez para que le deje el camino libre? ¡No, señora! ¡Está usted muy equivocada! ¡Yo, aquí, firme! De pie, cruzada de brazos. O sentada en una silla con un libro. O con los ojos clavados en la ventana. Años, y siglos, si fuera preciso. Pero la mujer más decente de la tierra. ¡Rabiosamente decente!... ¡Desesperadamente decente! ¡Y ella, fuera de aquí!

PEPA.—Está bien. Sale de esta casa. Pero yo con ella.

ANTONIO.—¡Madre!

PEPA.—¡Yo con ella! Ahora tengo otro hijo... ¡Mío!... ¡Mío!... ¡Aquí!... No te preocupes, criatura, que el crío va a ser el rey del mundo.

SEBAS.—Pepa, piensa lo que dices.

PEPA.—Ya está decidido. Ustedes se quedan con la casa, y con las tierras, y con la fábrica. Si les hice daño..., así pago de alguna manera: entregando todo en vida. ¡Y yo me voy con ésta! ¡A empezar de nuevo! ¿Porque ustedes ven esto? ¿Fábrica y casas y tierras?... Pues esto no es nada. ¡Ahora empiezo! Cuando me nació el primer hijo, yo no era más que una sirvienta; ahora que me nace el segundo, con experiencia y dominio... ¡Figúrense!

TERESA.—Señora...

PEPA.—¡No, señora, no! De igual a igual: Pepa... Si ya soy pobre como tú. Pero no te importe, porque «nuestro hijo» será el dueño del mundo. ¡Todo es poco para él! ¡Ambición! ¡Ven acá, cariño! ¡Ven acá, hermosa! Mi niño... mi niño querido que vuelve a nacer... ¡Bendito sea! ¡Bendito sea!...

TELON

FIN DEL SEGUNDO ACTO

ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

Un año después. Estamos en el patio de una pequeña casa de labranza. Una empalizada con puerta grande, al foro. A la izquierda, la casa. Por la tarde. TERESA cose. Entra don ROMULO, el boticario del pueblo vecino, un viejo de aspecto simpático, con grandes lentes.

ROMULO.—¡A la paz de Dios, señora! ¿Se puede?

TERESA.—Adelante, don... Perdone usted, pero como llevamos tan poco tiempo aquí, todavía no sé su nombre.

ROMULO.—Don Rómulo. Soy el boticario del pueblo, y doña Pepa me mandó llamar.

TERESA.—Está en la recolección de la aceituna. ¿Quiere usted sentarse?

ROMULO.—Muchas gracias. ¿Y qué tal? ¿Cómo les va a ustedes por estos sitios?

TERESA.—No podemos quejarnos. Hemos comprado un pequeñito olivar, y gracias a Dios...

ROMULO.—Pero, dígame, y perdone la curiosidad, ¿es cierto que esta doña Pepa era rica y abandonó su hacienda?

TERESA.—En manos de su hijo, sí, señor. Hace casi un año.

ROMULO.—¡Vaya, vaya! Y perdóneme otra vez; pero,

caramba, soy tan curioso... Ese niño que ustedes tienen... Como usted dice «mi hijo», y ella también dice «mi hijo», pues que no sabemos de cuál de las dos es..., y en el pueblo hay unos líos... Uno que si es de una, otros que si es de otra...

TERESA.—Pues es... «nuestro hijo»... ¡Las dos somos su madre!

ROMULO.—¡Caray, qué cosa más rara!

PEPA.—(Entrando, seguida de un peón. Viene con un pañuelo al cuello.) ¡Bueno, basta le digo! ¡No quiero saber más! ¡Que sea la última vez! ¡Usted se ha pensado que el pan se gana de balde?

PEON.—Doña Pepa, fué un minuto que encendí un pitillo...

PEPA.—El pitillo, el vaso de vino, y la siesta..., y que trabaje Rita. ¡Ya os conozco a todos! Buenas tardes, don Rómulo. No le doy la mano porque la traigo sucia. ¿Quiere usted una aceituna?

ROMULO.—Gracias... ¿Se han recogido muchas?

PEPA.—¡Una miseria! ¡Así no podemos salir adelante!

PEON.—¿Manda algo la señora?

PEPA.—Mando, mando que haya formalidad y decencia, y pundonor de hombre. ¿Tú me entiendes? Buenas tardes. (Mutis: Peón.)

ROMULO.—Pues yo... Me avisaron que doña Pepa quería verme.

PEPA.—Don Rómulo, usted es el boticario del pueblo, y es doctor en Química, ¿no es cierto?

ROMULO.—Sí, señora.

PEPA.—¿Pero doctor de esos del título en la pared y santas pascuas... o por las buenas? Vamos, hablando claro... ¿Usted entiende o no entiende?

ROMULO.—Señora, soy doctor.

PEPA.—Mire usted... Usted sabe que, a más de los olivares, he comprado un pequeño terreno por nada, por-

que es un secano..., y que estamos haciendo lo necesario para llevar el agua.

ROMULO.—Lindante a la casa del cura.

PEPA.—Sí..., y cavando la acequia, se ha encontrado esto. ¿Eh?... ¿Qué le parece a usted?

TERESA.—¿Una piedra?

ROMULO.—¡Uy, uy! ¡Muy interesante! Claro que si no es más que esto lo que hay...

PEPA.—¡Hay más! He mandado cavar lo suficiente, y quiero saber de qué se trata.

ROMULO.—Pues..., ¿qué quiere que yo le diga?... Esto... hay que analizarlo... Puede no ser nada... y puede ser pirita, en cuyo caso...

PEPA.—En cuyo caso... es hierro y cobre. La pirita tiene hierro y cobre, ¿no es cierto?

ROMULO.—Veo que está usted muy enterada.

PEPA.—En la vida hay que estudiar mucho para defenderse de los sabios. ¿Qué? ¿Cuándo podemos saber el resultado?

ROMULO.—Mañana mismo.

TERESA.—Y es muy importante esa «pirita» que ustedes dicen?... Porque, vamos, si fueran oro y brillantes..., pero hierro y cobre... ¡Vaya una cosa!...

PEPA.—¡Claro, mujer!... El hierro no sirve para nada, ni el cobre tampoco... Cose, cose...

ROMULO.—Ahora que... perdone doña Pepa... ¿Esto se encontró justamente en el linde de la casa del cura?

PEPA.—Justamente. Del otro lado, también se cavó, y no hay.

ROMULO.—Entonces..., puede que la veta principal no esté dentro de su propiedad.

PEPA.—Sí, claro... ¡Qué le vamos a hacer! ¡Aguantarse!

ROMULO.—Bueno, vamos a analizarlo, y sea lo que Dios quiera.

PEPA.—Pero de esto, ni una palabra. ¿De acuerdo?

ROMULO.—Descuide.

PEPA.—Yo le pagaré a usted con creces. ¡Estamos?

ROMULO.—No se hable más, doña Pepa... Buenas tardes.

PEPA.—Buenas tardes. (Mutis don Rómulo.) Yo no me fío de éste... Aquí tengo otro pedazo para mandarlo analizar por otro lado.

TERESA.—¿Piedras? ¡Bah! ¡Piedras! ¡Las aceitunas valen más!

PEPA.—Cose, cose...

ROSITA.—(Una criadita muy joven.) Señora... ¡que el niño ya se durmió. ¡Ahora qué hago?...

PEPA.—Pues estarte a su lado, pedazo de tonta. ¿Para qué te pagamos? ¡Para que cuides a mi hijo!

ROSITA.—¿A su hijo... de usted?

PEPA.—¿De quién va a ser?

TERESA.—¡Vamos!... ¡Con mi hijo! ¡Rápido!

ROSITA.—Con su hijo... ¿de usted?...

TERESA.—¡Claro!

ROSITA.—¡Ay, Dios mío, qué lío más grande! Si seré tonta, que nunca sabré de cuál es de las dos. (Mutis.)

PEPA.—(Se echa a reír.) Tiene gracia... Dos madres para un chico. ¡Digo! Tú, la madre, la que se queda en casa, a coser... Pero el que sale a la calle, y va al campo a trabajar, de sol a sol, y trae las manos cansadas para hacerle un porvenir al chico... ése ¿quién es? ¡Ese es el padre!... ¡Pues tiene gracia! ¡Porque, por las trazas, el padre soy yo!

TERESA.—Doña Pepa, si no fuera por usted...

PEPA.—¡Ay, Virgen, que siempre seré la misma! Que no puedo vivir sin luchar, como los hombres. Y es que somos como Dios nos hace... Yo nunca fui como tú ni como las demás muchachas; una mujer de amor... ¡Pamplinas! Quién se acuerda de mi marido, ¿vamos a ver? Nadie. Y como me casé para tener un hijo, y al morir

ya lo dejaba encargado... , pues no creas que lo sentí mucho, Dios me perdone.

TERESA.—Doña Pepa, no hable usted así.

PEPA.—¡Si es la verdad, muchacha! Primero fué el hijo, ahora es el nieto. Necesito que un pedacito de carne mfa me grite «Adelante.» Mira este pedrusco. Ahí tienes: una mina para él. Y tú crees que es la casualidad, y que lo mismo lo hubiera descubierto otra persona cualquiera? Pues no, señor. Hierro o cobre, o lo que sea..., yo cavé, y míralo. ¡Mío! Porque hay algo más fuerte que la tierra y que el hierro: ¡la voluntad! Las minas, antes de estar bajo tierra, están aquí. **(Por la frente.)**

TERESA.—¿Y una mina es importante?

PEPA.—Cose, cose... Que «nuestro hijo», ¿lo oyes?..., «nuestro hijo» tiene padre y madre. **(Entra el PADRE JUANITO, un humildísimo cura de pueblo, muy pobre.)**

PADRE.—¡Ave María! ¿Se puede?...

PEPA.—Adelante, adelante Padre Juanito... ¿Por qué se ha molestado usted? ¡Qué disparate!

PADRE.—Como me dijeron que doña Pepa quería hablarme...

PEPA.—Pero yo hubiera ido a su casa, Padre Juanito... ¡Por Dios! Siéntese, siéntese... No me perdono que por mí se haya molestado.

PADRE.—Si no es molestia, doña Pepa... ¡Todo sea por Dios! Además, yo, delante de usted, no sé..., estoy como embobado..., porque pienso que usted es la hermana del Cardenal Rodrigo..., y me da un respeto..., me da un respeto... ¡Dios mío!... ¡Estoy delante de la hermana de un Monseñor!

PEPA.—Así es, Padre Juanito... Su Santidad ha querido favorecer a mi hermano con la púrpura cardenalicia.

PADRE.—¡Méritos, méritos! Su Santidad es infalible... ¡Dios lo bendiga! Y aquí precisamente traigo un periódico donde hablan de él.

TERESA.—A ver... ¿Me permite, padre Juanito?

PADRE.—Toma, hija mía. (Teresa lee.)

PEPA.—Bueno, no quiero distraerle de sus obligaciones. Vamos al asunto... A usted le parece bien, Padre Juanito, que la única iglesia del pueblo no tenga más que dos altarcitos comidos de ratones, y el campanario esté con unas grietas que el día menos pensado se viene abajo?

PADRE.—¡Ay, doña Pepa; es que soy muy pobre, muy pobre! Mi parroquia es la más humilde de España... Yo bien quisiera, pero... ¡Ay, ay, Dios mío!... No le diga usted nada a Monseñor... Es una vergüenza... Yo lo comprendo...

PEPA.—Sin embargo, usted tiene un terreno que linda con el mío...

PADRE.—¡Anda, pues es verdad! Ni me acordaba... Pero un secano. ¿Quién va a dar nada por eso?... Nunca lo he tenido en cuenta...

PEPA.—Pues bien... Yo, para que arregle usted la iglesia, para que atienda a sus necesidades, en fin, para que se compre usted una sotana nueva..., le ofrezco por ese terreno diez mil pesetas.

PADRE.—¿Diez mil pesetas?... ¿Diez mil pesetas?... ¡Ay, Virgen del Carmen! ¿Pero he oído bien? ¿Diez mil pesetas?

PEPA.—Sí, señor; mañana mismo, si usted quiere.

PADRE.—¡Ay, Virgen Santísima! ¡Esto es un milagro!... La mano de Dios que quiere favorecer al más humilde de todos sus siervos. Pero no, no... Diez mil pesetas, no puedo... La mitad, la mitad...

PEPA.—¡Diez mil he dicho!

PADRE.—A ver... Una para el altar, otra para el campanario... Otra para las luces, y el Via Crucis, que

ya no se ve nada, y la casulla de los domingos, y todo el resto para los pobres...

PEPA.—¡Y para su sotana?

PADRE.—¡Ah, no!... Eso sí que no... Esta y yo tenemos una apuesta de «a ver quién se muere antes».

PEPA.—Está bien. Entonces..., ¿de acuerdo, Padre Juanito?

PADRE.—¡Ay, doña Pepa! ¡Dios la bendiga! Porque esto es una limosna que usted quiere hacerme.

PEPA.—Vamos, vamos.

PADRE.—Y ahora..., perdóneme que me retire... Voy a rezarle a la Virgen... Estoy tan emocionado..., tan emocionado...

TERESA.—Le acompaño a usted, Padre Juanito.

PADRE.—No te molestes, hija... Gracias... Gracias...
(Mutis.)

PEPA.—Bueno... (Para sí.) Hay que avitarle al boticario que no me diga una palabra sobre el análisis hasta que no haya realizado la operación. Es decir, yo compro sin saber si hay piritita o no hay piritita. Lo primero es la conciencia.

TERESA.—(Volviendo.) Mire usted, doña Pepa, mire lo que dice aquí... (Lee.) «En Madrid, en la iglesia de los Jerónimos, se ha realizado una brillante ceremonia... presidida por... Su Eminencia el Cardenal Rodrigo.»

PEPA.—¡Pepa Rodrigo! ¡Hermana de un Cardenal!... ¡Que viene de recoger la aceituna ella misma, no importa! ¡Pepa Rodrigo! ¡Ya verás!

ROSITA.—(Entrando.) Señora..., que ha parado un coche muy lujoso en la carretera y viene una señora muy elegante.

PEPA.—Tú, con el niño... ¡A callar! (Mutis Rosita.)
Pausa. Entra MARIA LUISA.)

MARIA.—Perdónenme...

PEPA.—¿Tú aquí?... Pasa, María Luisa.. Adelante..

MARIA.—Yo no he debido venir, ya lo sé... Pero quería hablar con ustedes,

TERESA.—Si yo molesto..., señorita María Luisa... Con permiso. (Inicia el mutis.)

MARIA.—No, por favor... Con las dos...

PEPA.—¿Pasa algo?... Contesta. ¿Pasa algo?..

MARIA.—Nada, doña Pepa. Allí estamos Antonio y yo, en una vida tranquila. Sin palabras, y sin pensamientos...

PEPA.—Pero ¿os lleváis bien?

MARIA.—Sí... Antonio es correctísimo conmigo, y yo con él. Somos un matrimonio tranquilo, decente...

PEPA.—Ya es algo..

MARIA.—Pero yo he pensado que tal vez las cosas tuvieran remedio; el día de mañana..., si nosotros tuviéramos un hijo, quizá... pasados los años, Antonio y yo podríamos tomarnos hasta cariño, ¿no es cierto?

PEPA.—Naturalmente, ¿por qué no?... Pues, queridos, me parece que en vuestras manos está el remedio.

MARIA.—No, señora...

PEPA.—¿Qué dices?

MARIA.—No... Una unión tan fría como la nuestra, Dios no quiere bendecirla con la sonrisa de un niño... El doctor Moraleda me ha dicho que yo nunca podré ser madre.

PEPA.—¿Dios mío! ¿Y Antonio lo sabe?

MARIA.—No me he atrevido a decírselo... Como él tiene la ilusión de un hijo..., y como el hijo está aquí... tarde o temprano vendrá a verlo.

PEPA.—Está tranquila; no le dejaremos pasar.

MARIA.—¿Y qué ganamos con eso?... Señora... yo he pensado... que si ustedes quisieran..., yo podría llevarme al niño.

TERESA.—¿Qué?... ¿Qué dice?

PEPA.—¡Pero estás loca! ¿Qué estás diciendo?

MARIA.—Al fin y al cabo, es hijo de él..., y como yo, no puedo tener hijos jamás, pues todos ganaríamos. Nosotros ya no estaríamos solos, y el niño, en vez de vivir pobremente, tendría bienestar, fortuna, hasta nombre.

TERESA.—¡No, no!

PEPA.—¡Claro que no! ¿Fortuna has dicho? Tiene gracia! Si ya sé cómo os andan las cosas: manga por hombro... Sin mí, dentro de unos años estáis en la calle. El que va a tener fortuna es él. Mientras vosotros vayáis abajo, él, arriba.

MARIA.—¿Y el nombre? Si yo lo tomo como hijo, ¿no vale nada que pueda andar por el mundo con la cabeza alta? Señora, yo tuve odio, ira, venganza... Todas las pasiones malas han sacudido mi alma... Pero ahora estoy cansada, vencida... Quiero una limosna de paz... y de ternura..., sobre todo de ternura... ¡Me hace tanta falta!

TERESA.—No...

PEPA.—No, María Luisa, no... Pides un imposible... Sería darte mi razón de vivir... Comprende, María Luisa, que no es justo.

TERESA.—¡Doña Pepa, defiéndame usted!

PEPA.—¡No te asustes, tonta! ¡Vamos, no te asustes!

MARIA.—Perdónenme.

PEPA.—María Luisa..., es muy noble tu actitud al venir a buscar un hijo que no es tuyo... Pero ya es tarde. ¿Qué podemos hacer más que resignarnos todos?

MARIA.—Tiene usted razón. Perdónenme. En fin, les

ruego que olviden mi visita... Y no le digan nada a Antonio. Perdónenme.

ROSITA.—(Saliendo con el niño en los brazos.) Señora..., ya se despertó.

TERESA.—¡Llévalo adentro!

MARIA.—¿Me permiten?

PEPA.—¿Por qué no? (Lo toma Pepa.)

MARIA.—Sólo un beso...

PEPA.—¡Anda, cariño! Dale un beso a esta señora, que también..., también puede ser tu madre.

ROSITA.—(Aparte.) ¡Ay, Dios mío! ¿Pero otra más? ¡Esta es la tercera!

PEPA.—¿Qué?... Con franqueza... ¿Es bonito, sí o no?

MARIA.—Es una hermosura... Y se ríe... (Con lágrimas en la voz.) Mírele usted... Parece..., parece que se está burlando de mí... ¿No es cierto?

PEPA.—¡Chico! ¿A ver qué va a ser eso? ¿Eh? ¡Más respeto a la señora!

MARIA.—¡No puedo más! ¡Perdónenme! ¡Perdónenme! (Mutis llorando.)

ROSITA.—Y se va llorando... ¡Pobre mujer!

TERESA.—Adentro en seguida, si no quieres que te despida.

ROSITA.—¡Ay, Dios mío; yo no entiendo nada! (Mutis.)

PEPA.—¡Uy, que éste hace pucheritos! ¡Tómalo tú, que eres la madre.

TERESA.—Mi tesoro, mi vida... ¿Yo separarme de ti, guapo mío?

PEPA.—Duérmelo, mientras yo hago cuentas.

COADJ.—(Teresa, a la izquierda, duerme al niño en sus brazos, y Pepa, a la derecha, sentada a una mesa, escribe.)

PEPA.—Pidiendo seis mil al Banco, al ocho por ciento, y con cuatro de la aceituna, diez...

TERESA.—(Cantando muy bajito.)

Duérmete, mi niño...

Duérmete, mi sol...

PEPA.—Al principio, diez obreros a diez pesetas, cien. Treinta de un capataz, ciento treinta...

TERESA.—(Idem.)

Duérmase la prenda
de mi corazón...

PEPA.—Ciento treinta al mes... Duplicando al segundo semestre, y al cabo del año, por cuatro... Cuatro por tres, doce; me llevo una...

TERESA.—(Idem.)

Duérmete, mi niño...

Duérmete, mi sol...

Duérmase la prenda
de mi corazón.

PEPA.—¡Canta, canta! Tú, a cantar. Y yo, a multiplicar. Padre... y madre.

TELON

CUADRO SEGUNDO

El mismo decorado del cuadro anterior. Seis meses después. Entran SEBASTIAN, con capello. Detrás, dos eclesiásticos: SECRETARIO y COADJUTOR.

SECRE.—Aquí es Eminencia... Esta es la casa de su señora hermana.

SEBAS.—¿Avisaron ustedes que iba a venir?

COADJ.—Sí, Eminencia... Ya está avisada su señora hermana. Lo está esperando.

SEBAS.—Bien, bien. Llámennla ustedes.

SECRE.—Con permiso, Eminencia. (Mutis.)

COADJ.—Es una simpática casa de labranza española, ¿no es cierto? Demasiado humilde para la hermana de Su Eminencia.

SEBAS.—La humildad nunca es demasiada...

PEPA.—(Saliendo.) ¡Sebastián!...

SEBAS.—Buenos días, Pepa.

SECRE.—Nosotros, con el permiso de Su Eminencia, nos retiramos.

SEBAS.—Espérenme en la parroquia.

COADJ.—Bien, Eminencia. (Mutis Secretario y Coadjutor.)

PEPA.—Sebastián... Digo Su Eminencia. Hace tanto tiempo que no nos vemos... No sé qué decirte...

SEBAS.—Siéntate... Ya han pasado seis meses desde el día de la desgracia.

PEPA.—¡Yo no tuve la culpa!

SEBAS.—No es hora de culpas, Pepa... Es hora de pensar lo que se debe hacer.

PEPA.—Dices eso, pero me miras con los ojos duros. Sí, tú piensas que yo he sido la causante de todo... ¡Y no es cierto!... Si yo me negué a que se llevara al niño, también Teresa se negó; era la madre. Vamos, comprende... No era humano entregárselo... ¡No podía ser! ¡Qué culpa teníamos nosotras!... ¡No éramos responsables del estado de ánimo de esa pobre mujer, para que hiciera... lo que hizo!

SEBAS.—No hablemos más de eso... Dios fué infinitamente bueno para permitir que llegara a tiempo... y gracias a la bondad divina, pude bendecir su arrepentimiento. Y a diferencia de otras almas que no están salvas todavía.

PEPA.—¿Tú crees que yo tengo la culpa? ¡Sí!... ¡No lo niegues! ¡Lo crees!!

SEBAS.—Cálmate, Pepa.

PEPA.—Dios mío, tú no sabes lo que han sido estos seis meses. Porque tú crees que soy una mujer sin corazón y sin escrúpulos, y te equivocas. ¡He sufrido tanto!... ¡Y he pasado las noches de rodillas, rezando!

SEBAS.—La noches, rezando..., y los días, ¿cómo? Haciendo cuentas, ¿verdad?

PEPA.—Sí... ¿Por qué no?... ¡Claro! ¿Es pecado eso?

SEBAS.—Pepa, escúchame... Ha llegado el momento grande para ti... El momento de prueba; tu penitencia.

PEPA.—Pues bien, sí. Di... Dime lo que sea... ¡Estoy dispuesta a todo!

SEBAS.—¿Tienes un espejo por ahí?

PEPA.—¿Un espejo?... ¿Para qué? Yo... yo no los uso.

SEBAS.—Un día me hiciste mirar a un espejo a tu lado... El Sebastián y la Pepa..., los pobreticos criados del señor marqués. Eran la dueña de la comarca y el Obispo de Urgel... Tu ambición, tu soberbia estaba satisfecha. Pues hoy quiero que te mires a mi lado otra vez. Y que digas: «Míralos, los dos hermanos». Tan pobreticos como entonces... Dos criados...

PEPA.—Hoy no es posible decir eso. Eres un Cardenal de la Iglesia Católica.

SEBAS.—Pero lo soy... por obediencia. Y si yo no puedo volverme atrás, tú, sí.

PEPA.—¿Qué quieres decir?

SEBAS.—Pepa, ha llegado tu hora... Antonio ha venido conmigo.

PEPA.—¡Antonio! ¡Por fin! ¡Por fin viene a ver a su madre! ¡Ya era hora!

SEBAS.—No viene a verte a ti. Viene por el niño.

PEPA.—¡Pero el niño es de Teresa!

SEBAS.—Por Teresa también.

PEPA.—¿Qué dices?

TERESA.—(Entrando.) Doña Pepa... Doña Pepa... dispéñseme usted... Es que Antonio está ahí dentro.

PEPA.—¡Mi hijo! ¿En casa?

TERESA.—Entró por el corralillo.

PEPA.—¿Para no ver a su madre? ¿Qué significa esto?...

TERESA.—Dispéñseme, señora... Es que Antonio y

yo queríamos hablar... Yo recibí una carta de él... y lo estaba esperando...

PEPA.—¿Una carta?

SEBAS.—Se escriben todos los días, desde hace un mes.

PEPA.—¿Eh? ¿Y por qué me lo ocultan? ¿Por qué no podía yo saberlo?... ¿A qué viene esto?... ¿Por qué?... ¡Oh, no lo entiendo!

ANTONIO.—(En la puerta.) Muy sencillo, mamá... Porque después de todas las desgracias que han ocurrido en nuestra vida, ha llegado por fin un rayo de luz... una esperanza de volver a empezar de nuevo... Y este pequeño amanecer queremos cuidarlo con nuestras propias manos, nada más... Porque es «nuestro»..., exclusivamente «nuestro»... ¿Comprendes? Nosotros te perdonamos de todo corazón..., y ojalá, lo mismo que los vivos, te perdonen los muertos. ¡Madre! ¡Mira! ¿Te das cuenta ahora dónde estaba mi felicidad? ¡No arriba, sino abajo! Las matemáticas son unas ciencias falsas; muchas veces, el «menos» es el «más»... Mira, madre... Esta felicidad nuestra sólo estará empañada un minuto cada día... El minuto en que recemos —¡los dos juntos!— un Padrenuestro por ella.

TERESA.—Lo rezaremos hasta que seamos viejos... Lo rezaremos siempre..., toda la vida.

SEBAS.—Bien, bien; no se hable más. Si la otra boda la bendijo un Obispo, ésta la va a bendecir el Padre Juanito, a ver si hay mejor resultado.

PEPA.—Hijos míos... Perdonadme... Si os he hecho daño, ha sido mi ambición de madre... Pero ahora..., ¿qué más quiero que seáis felices?... Yo... seré la madre más dichosa a vuestro lado.

ANTONIO.—No, mamá... He resuelto no aceptar ni un

solo céntimo de todo lo que le perteneció a ella... Tú lo ganaste..., allá tú; que sea tuyo nada más. Tú me diste la vida, y ya es bastante... Tengo un amor, tengo un hijo... ¿Qué más puedo desear? Nos vamos los tres por el mundo... a ser pobres..., a ser... inofensivos, vulgares, casi tontos..., humildes. Sin grandes deseos..., sin números..., sin multiplicar... A trabajar, a ir a misa los domingos, al cine por la tarde... Mansamente..., felizmente..., ¿entiendes?

PEPA.—Sí... ¡Y yo con vosotros!

ANTONIO.—No, mamá... Tarde o temprano, surgiría la empresa, el negocio, la tentación... Lo siento mucho, pero me voy con Teresa y con mi hijo... ¡solos!

PEPA.—¡Antonio!... ¡Hijo!...

SEBAS.—Me parece muy bien lo que dice el muchacho... Quieren ser inofensivos..., vulgares...

ANTONIO.—Casi tontos...

SEBAS.—¡Humildes!

ANTONIO.—(Alegre.) ¡Vamos, vamos!... Te escribiremos desde todas partes..., y no por estar lejos te quedaremos menos...

(Mutis los dos.)

PEPA.—Entonces..., entonces..., me dejan sola... ¡Sola!... ¡Y qué voy a hacer yo?... (Muy bajo, pero desesperadamente, mordiéndose las palabras.) ¡Qué voy a hacer yo!

SEBAS.—(Como distraído.) Mira, Pepa... ¡Qué casualidad! ¡Y decías que no lo tenías! ¡Un espejo! (Lo toma de un rincón, entre unas bolsas.)

PEPA.—¡Déjame!...

SEBAS.—¿No quieres mirarte conmigo?... Haces mal, porque el espejo te daría la solución.

PEPA.—¿Qué quieres decir? ¡Habla claro!

SEBAS.—Que solamente Dios te perdona, si terminas la vida como la empezaste: dos pobreticos criados.

PEPA.—¿Pero qué dices? ¿Criada yo? Pero ¿estás loco?

ROMULO.—(Entra muy agitado.) Señora..., señora... Con permiso... Informe de Madrid... ¡Por fin!... ¡Informe de Madrid!

PEPA.—¿Qué pasa?

ROMULO.—¡Hay pirita!

PEPA.—¿Qué?

ROMULO.—¡Hay pirita! ¡Y qué pirita! Qué proporción de hierro y cobre... ¡Da miedo, señora! ¡Da miedo!

PEPA.—A ver... (Agarra los papeles, nerviosa.)

ROMULO.—Perdone Su Eminencia... No había visto a Su Eminencia... Perdóneme Su Eminencia...

PEPA.—(Serenándose.) Está bien, don Rómulo... Regrese al pueblo sin decir una palabra a nadie. Esta tarde hablaremos.

ROMULO.—Lo que la señora mande. Con permiso de Su Eminencia. Perdone Su Eminencia. (Mutis.)

PEPA.—Y ahora..., ahora que podemos ser los dueños del mundo, quieren irse esos..., esos... (No encuentra el insulto.) ¡Esos!...

SEBAS.—Inofensivos, vulgares, casi tontos... ¡humildes!...

PEPA.—¡Estúpidos!...

SEBAS.—¡¡Humildes!!

PEPA.—Pues bien: ¡que se vayan! La dueña seré yo. ¡Yo sola! Y tendré un ejército de trabajadores... Y pueblos enteros me vendrán a suplicar... La Pepa..., la Pepa estará escrita en todos los periódicos de la tierra, y tendrá dinero, y mando, y...

SEBAS.—Y... estará sola, sin hijo..., sin nieto..., sin una mano amiga..., sin el calor de un hogar... Crecerán los números como gigantes, y la Pepa será cada vez más pequeña, cada vez más triste... La sopa de su mesa estará siempre fría... El pan, amargo. Las sábanas de su cama estarán heladas... Ni la almohada tendrá cariño para su dueña. Dirá la almohada por la noche: «¡Cuándo llegará la mañana, para que este rostro se aparte de mí!...» Y mientras, tu hijo tendrá más hijos..., un coro de niños y de risas... «Papá, el caballo de cartón»... «Mamá, la muñeca»... «¡Yo quiero, yo quiero!»... «A mí, a mí»... Y tú, sola..., sola... ¡La Pepa, sola!

PEPA.—(Llorando.) ¡Dios mío!... ¿Qué debo hacer?

PADRE.—(Entra casi corriendo.) ¡Ay!... Me han dicho que ha venido Su Eminencia. Pero ¿es verdad?... ¡Su Eminencia aquí!... ¡Dios mío, qué alegría!... Su Eminencia en este pueblo... El Coadjutor no me permite que toque las campanas. ¡Qué alegría!...

SEBAS.—Calma, calma, Padre Juanito.

PADRE.—¿Su Eminencia me conoce?

SEBAS.—¡Claro que sí! Tengo noticias muy malas respecto de usted... Sé que usted ha vendido a mi hermana un terreno en la cantidad de diez mil pesetas...

PADRE.—¡Sí que es cierto! Pero yo quería menos... Se lo aseguro, Eminencia. Yo quería cuatro o cinco mil...

SEBAS.—Pues bien, como esa operación no me parece justa, hay que deshacerla. Usted le devuelve las diez mil pesetas y el terreno es suyo.

PADRE.—¡Ay, Eminencia! ¡Ay, Virgen Santísima! ¡Si ya no puedo... Si no tengo un céntimo... ¡Ay, qué disgusto!

SEBAS.—Pues ¿en qué las ha gastado usted?

PADRE.—En el campanario, y en los altares, y en las vigas de la sacristía... Y en... y en... y en...

SEBAS.—¿Y en comprarse una sotana nueva?

PADRE.—No; a eso no llegó, Eminencia. No fué posible.

SEBAS.—Bien. El Coadjutor le entregará en mi nombre ese dinero, y las tierras serán otra vez de usted.

PADRE.—Muchas gracias, Eminencia; pero yo..., a decir verdad..., esas tierras..., vaya, que no me interesan mucho, la verdad...

SEBAS.—Pues hace usted mal, porque dentro de un tiempo, cualquier gran empresa puede ofrecerle millones.

PADRE.—¿Millones?... Anda, y yo, ¿para qué los quiero?

SEBAS.—¿Para levantar iglesias! Para sembrar altares, todos los millones del mundo son pocos. Su obligación de usted consiste en vender al mejor precio posible. Y así, el hierro y el cobre, servirán algún día para alabanza de Dios. Que no siempre los tesoros que Dios derrama en la tierra han de servir para ofenderle.

PADRE.—¡Dios mío!... Me dan diez mil pesetas..., y me dan millones... Yo no entiendo una palabra... Debe ser la emoción... No entiendo nada...

SEBAS.—Ahora bien: como la empresa que compre necesitará echar abajo su pequeña casa, usted... se viene a vivir aquí... Así que avise a su criada para que le traiga sus cosas...

PADRE.—¿A mi criada?... Pero si yo..., yo no tengo criada, Eminencia...

SEBAS.—¿Cómo?... ¿Quién hace su comida, y quién hace su cama? Es decir, que usted pierde ese tiempo precioso, que debía dedicar a las almas.

PADRE.—Es que... es que... soy pobre. Eminencia.

SEBAS.—¿Lo oyes, Pepa? ¿Oyes lo que dice? ¡No tiene criada! El Padre Juanito no tiene criada.

PEPA.—(Vencida.) Sí..., entiendo...

SEBAS.—Pues bien, es preciso que el Padre Juanito tenga criada.

PEPA.—Ya la tiene desde este momento. ¡Ya la tiene!

PADRE.—(Sin entender.) ¿Qué?... ¿Qué dice, Pepa?

PEPA.—El Padre Juanito ha dicho misa esta mañana, y todavía no ha desayunado, ¿no es cierto?... Perdóname... Voy a servirle...

PADRE.—Pero ¿qué quiere decir, Eminencia? (Angustiado.)

SEBAS.—Calma, Padre Juanito... Así empezó la Pepa... No se preocupe, que ella sabe su oficio.

PEPA.—(Cae de rodillas a los pies del Padre Juanito, llorando en silencio.) Y debe estar cansado... Voy a buscar unas zapatillas grandes... para que descanse... (Empieza a desatarle los zapatos.)

PADRE.—(Llorando como un niño.) No..., no..., no puede ser... Esto no puede ser... La hermana de Su Eminencia... No puede ser...

SEBAS.—¡Calma, Padre Juanito! ¿Por qué mi hermana no puede ser su sirvienta, si yo, que soy Cardenal de la Iglesia Católica, siento envidia de esa pobre sotana? ¡Bendita sea la humildad!

PEPA.—¿Verdad que veré a mis hijos?... ¿Verdad que Dios me perdona?... Deme los pies, Padre Juanito... Yo haré que descanse... (Lo descalza llorando.) ¡El Padre Juanito ya tiene criada!

TELÓN

FIN DE LA COMEDIA

EN NUESTRO PROXIMO NUMERO
LAS SIETE VIDAS DEL GATO

LA MEJOR COMEDIA DE
ENRIQUE JARDIEL PONCELA

el humorista más leído de España.

UN NUMERO EXTRAORDINARIO DE
BIBLIOTECA TEATRAL

que se venderá al precio de tres pesetas.

PIDA VD. A SU PROVEEDOR LA COMEDIA

LAS SIETE VIDAS DEL GATO

original de

ENRIQUE JARDIEL PONCELA

Tres pesetas ejemplar en toda España.

BIBLIOTECA TEATRAL

Publicará en sus próximos números:

¡CATALINA, NO ME LLORES!, de Enrique
Suárez de Deza.

LA PLANCHA DE LA MARQUESA, CELOS y
MENTIR A TIEMPO, de Pedro Muñoz Seca.

Las comedias que hayan sido estrenadas
con éxito en Madrid y las obras de reper-
torio famosas por su calidad

BIBLIOTECA TEATRAL

TIENE SUS OFICINAS EN

Avenida de José Antonio, 11, segundo, núm. 6

Teléfono 29202 - MADRID

SI TODAVIA NO ES USTED SUScriptor DE

MERIDIANO

SINTESIS DE LA PRENSA MUNDIAL

piense en la conveniencia de hacerse cuanto antes. Sólo los suscriptores pueden tener la seguridad de poseer los números de esta revista que reproduce cuanto de ameno y curioso se publica en la prensa del mundo. Los números correspondientes a los meses de marzo y abril se agotaron a los pocos días de haber sido puestos a la venta. Pregunte a su proveedor y él le dirá cual es el interés de los lectores españoles para adquirir

MERIDIANO

la gran revista española que ha agotado totalmente las existencias de veintiocho números publicados.

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Un año (12 números)	36 pesetas
Un semestre (6 números)	18 »
Número suelto	3 »

Redacción y administración:

Avda. José Antonio, 11, 2.º, núm. 6.-Teléf. 29202

M A D R I D

EXCEPCIONAL OFERTA A LOS NUEVOS
SUSCRIPTORES DE
BIBLIOTECA TEATRAL

A todos aquellos de nuestros lectores que a partir de la publicación de este número de

BIBLIOTECA TEATRAL

se suscriban a nuestra revista por un año (24 números), les remitiremos contra reembolso cinco o más números de los ya publicados, excepto de los números 1, 2 y 31, agotados ya, de

BIBLIOTECA TEATRAL

con el veinte por ciento de descuento sobre el precio marcado en catálogo.

Suscripción por un año (24 números): 48 pesetas.

BIBLIOTECA TEATRAL

tiene sus oficinas en:

Avenida de José Antonio, 11, 2.º, núm. 6

Teléfono 29202 MADRID

BIBLIOTECA TEATRAL

OBRAS PUBLICADAS

1. *Eloisa está debajo de un almendro*, de Enrique Jardiel Poncela (agotada).—2. *Papanatas*, de Antonio Paso (hijo) y Emilio Sáez.
3. *Garcilaso de la Vega*, de Mariano Tomás Borrás.—4. *Suspenseo en amor*, de Ladislao Fodor, traducción de Tomás Borrás.—5. *¿Quién...?* de J. Ramos Martín.—6. *Mi niña*, de Pedro Pérez Fernández y Antonio Quintero.—7. *Cancela*, de J. Antonio Ochaíta y Rafael de León.—8. *La infeliz vampiresa*, de Adolfo Torrado.—9. *Gente de bulla*, de José Tellaache.—10. *Amuleto*, de Antonio Paso (hijo) y Emilio Sáez.—11. *El señorito Pepe*, de Luis de Vargas.—12. *Gloria Linares*, de Antonio Casas Bricio.—13. *Los ladrones somos gente honrada*, de Enrique Jardiel Poncela.—14. *¡Y vas que ardes!*... de Francisco Ramos de Castro y Manuel López Marin.—15. *En poder de Barba Azul*, de Luisa María Linares y «Daniel España».—16. *El último pecado*, de Pedro Muñoz Seca.—17. *Madrinita buena*, de R. Pérez y Pérez.—18. *Un marido de ida y vuelta*, de Enrique Jardiel Poncela.—19. *María Antonieta*, de Luis F. Ardavin y J. Luis Mañes.—20. *La oca*, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.—21. *Don Bartolo*, de Pedro Pérez Fernández y Antonio Quintero.—22. *El gran tacaño*, de Antonio Paso y Joaquín Abati.—23. *El sexo débil*, *La real gana* y *En capilla*, de Antonio Ramos Martín.—24. *Los marqueses de Matute*, de Luis F. de Sevilla y Anselmo C. Carreño.—25. *Soltero y solo en la vida*, de Antonio Paso y R. González del Toro.—26. *¡Que le ahorquen a usted!*, de Antonio Paso (hijo), Emilio Sáez y Enrique Paso.—27. *El roble de «La Jarosa»*, de Pedro Muñoz Seca.—28. *El timbre que no suena*, de Rafael López de Haro.—29. *La dama duende*, de Pedro Calderón de la Barca.—30. *Tú gitano y yo gitana*, de Antonio Casas Bricio.—31. *Es peligroso asomarse al exterior*, de Enrique Jardiel Poncela.—32. *...Y creó las madres*, por Antonio Casas Bricio.—33. *Madre (el drama padre)*, de Enrique Jardiel Poncela.—34. *Los cuatro robinsones*, de Enrique García Alvarez y Pedro Muñoz Seca.—35. *Dios te ampare*, *Los galgos*, *La afición* y *El mejor de los mundos*, de Antonio Ramos Martín.—36. *Los novios de mis hijas*, de Leandro Navarro.—37. *El contrabando*, *Coba fina*, *La casa de los crímenes*, de Pedro Muñoz Seca.—38. *La sobrina del cura*, *Los milagros del jornal*, de Carlos Arniches.—39. *Como tú me querías*, de Leandro Navarro.—40. *El verdugo de Sevilla*, de Enrique García Alvarez y Pedro Muñoz Seca.—41. *El primer torro* y *La casa de los milagros*, de Enrique Paradas y Joaquín Jiménez, y *Presentimiento*, de Joaquín F. Roa.—42. *¡Consuélate, Laureano!*, de José de Lucio.—43. *La educación de los padres*, de José Fernández del Villar.—44. *Blanca por fuera, rosa por dentro*, de Enrique Jardiel Poncela.—45. *El conflicto de Mercedes*, de Pedro Muñoz Seca.—46. *Mi señor es un señor*, de Luis Fernández de Sevilla.—47. *¡La condesa está triste!*... de Carlos Arniches.—48. *El ardid*, de Pedro Muñoz Seca.—49. *Don Verdades*, de Carlos Arniches.—50. *¡Mujercita mía!*, de A. Paso, A. Lórez Moris y José Pérez López.—51. *La fiera dormida*, de Carlos Arniches.—52. *Pastor y Borreno*, de Enrique García Alvarez y Pedro Muñoz Seca.—53. *Ya conoces a Paquita*, de Carlos Arniches.—54. *Ha entrado una mujer*, de Enrique Suárez de Deza.—55. *La señorita Polilla*, de «Daniel España».—56. *Los que quedamos*, de Giovanni Cenozo.—57. *La casa de Quirós*, de Carlos Arniches.—58. *Para ti es el mundo*, de Carlos Arniches.—59. *¿Qué hacemos con los viejos?*, de José de Lucio.—60. *La Prudencia*, de José Fernández del Villar.—61. *Las cosas de la vida*, de Pedro Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernández.—62. *No te ofendas*, *Beatriz*, de Carlos Arniches y Joaquín Abati.—63. *Martínchals* y *Era un romántico*, de Eduardo Marquina y Pedro Muñoz Seca.—64. *Las tres B. B. B.*, de Luis Tejedor y Luis Muñoz Lorente.—*La mentira del silencio*, Julia Maura.

CUANTO DE
ameno
SE PUBLICA
EN LA
PRENSA
DEL
MUNDO
PUEDE
vd.
LEERLO

en

MERIDIANO
SÍNTESIS DE LA PRENSA MUNDIAL

